



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO I. EL MILITARISMO EN MEXICO.

Considerando que es el militarismo la causa directa de la situación en que nos encontramos, será muy conveniente principiar por estudiarlo con detenimiento, á fin de que una vez conocidos sus efectos, tan desastrosos para la tranquilidad ó para la libertad de la República, podamos, con mayor conocimiento de causa, aplicarles el remedio necesario, á fin de lograr el restablecimiento de la paz dentro de la ley; de la paz, algo turbulenta si se quiere, pero llena de vida, de los pueblos libres, y no la paz sepulcral de los pueblos oprimidos, en los cuales ningun acontecimiento tiene el privilegio de turbar su impasible tranquilidad.

Para que nuestro estudio sea completo, necesitamos remontarnos á la guerra de independendia, tocando de paso brevemente las causas que la originaron.

Dominación española. Tres siglos de opresión, durante los cuales estuvieron proscritos del suelo mexicano todos los derechos que podían servir de baluarte al hombre contra la tiranía, dieron por resultado que se considerara como estigma nacer en este suelo y como un crimen ser mexicano, crimen castigado por los conquistadores con crueldad, no desprovista de avaricia, puesto que la pena principal que imponían á los naturales, era reducirlos á la esclavitud y hacerlos trabajar sin descanso en el cultivo de sus tierras y la explotación de sus minas, para llenar sus arcas de oro.

El régimen virreinal establecido por España, era verdaderamente odioso, puesto que todos los indígenas, y aun los mestizos y los criollos estaban completamente á merced del Virrey que venía de España y que ejercía un poder absoluto, en alto grado despótico.

Es cierto que algunos virreyes de nobles sentimientos obraron con rara magnanimidad en todos sus actos y cuyos nombres aún se citan con veneración; pero su conducta noble y generosa, sólo servía para poner más de relieve la avaricia, el despotismo y la crueldad de los más.

México, lo mismo que todas las colonias hispanoamericanas, era explotado sistemáticamente, y para que la Metrópoli obtuviera más pingües ganancias, tenía prohibido todo comercio con el extranjero, la explotación de algunas industrias y de ciertos ramos de la agricultura, con el objeto de no perder estos mercados.

A estas prohibiciones que tenían por objeto sacar el mayor producto posible de las colonias, se agregaban otras menos sensibles á las masas; pero de un alcance más profundo para asegurar su dominación: estaba prohibida la introducción y la publicación de todos los libros que pudieran ilustrar al pueblo y elevar su nivel intelectual y moral. La instrucción pública estaba reducida á uno que otro seminario á donde aprendían lo indispensable para abrazar la carrera eclesiástica, pero en ningun caso lo que necesitaban para conocer sus derechos, para poder apreciar su situación histórica y geográfica; porque estas ideas les podrían hacer concebir esperanzas de libertad y redención.

Tal sistema había reducido á los indios á la más triste condición. Considerábanlos como esclavos y los trataban como á bestias de carga, pues no tenían más patrimonio que las migajas de pan que les arrojaba el amo, no por humanidad, sino por el interés de no perder el sirviente.

Los mestizos y los criollos, descendientes de español, eran tratados un poco mejor; pero tenían vedado el acceso á todos los puestos públicos de importancia; en el ejército, sólo llegaban al grado de capitán; en el sacerdocio, nunca pasaban de humildes párrocos; pero ese puesto, considerado como sagrado en la época colonial y que muchos santificaron con sus virtudes, no los ponía á cubierto de las vejaciones de sus superiores; los obispos venidos de España, inquisidores feroces con instintos depravados y que con su insaciable sed de riquezas y sangre humana, no respetaban ni los fueros ecle-

siásticos, cuando estaban santificados por la virtud ya que ella siendo forzosamente un estorbo para dar satisfacción á sus diabólicos instintos, tenía que erguirse serena y enérgica para protestar contra sus inícuos atentados; debía cobijar con su manto protector muchos desamparados, sabría arrancar de sus garras muchas víctimas.

El desenvolvimiento natural de los acontecimientos, aumentaba constantemente el número de los oprimidos cuyas filas eran engrosadas principalmente por los descendientes de español, más ilustrados que los indígenas, y para quienes era cada vez más humillante y pesado el yugo de la Metrópoli, mientras que el número de los opresores permanecía sensiblemente igual, aumentando esto la desproporción entre opresores y oprimidos.

El resultado de esta angustiosa situación era que los nativos del país vivían en una ignorancia extrema y su nivel intelectual estaba tan poco elevado, que no podían comprender ni las más sencillas ceremonias del culto católico á pesar de ser lo único que se les enseñaba y mezclaban esas prácticas con las que heredaron de sus mayores, resultando un conjunto extraño, más parecido á la idolatría que á ningun otro culto.

Tal era su estado en cuanto á religión. En lo demás, tres siglos de esclavitud, durante los cuales se habían sucedido muchas generaciones pasando bajo el mismo yugo, hicieron perder á nuestra clase indígena toda noción de sus derechos, de la dignidad de que estaban investidos como

y con tristísima resignación arrastraron la pesada cadena que los privaba de su libertad.

Los mestizos y los criollos, más en contacto con los peninsulares que venían de Europa, con más ilustración y facilidad para adquirir alguno que otro libro que les abriera amplios horizontes, estaban cada día más impacientes al ver la irritante desigualdad con que eran tratados, y la tempestad empezaba á prepararse sordamente en sus pechos.

Los humildes párrocos, en su mayoría mexicanos, veían los altos puestos de la iglesia ocupados por obispos é inquisidores corrompidos, crueles y ávidos de riquezas, cuyo mérito para ocupar tan alta jerarquía consistía en venir de la Metrópoli; compadecían á sus queridos feligreses, explotados sistemáticamente con el diezmo, las primicias y toda clase de gabelas del gobierno virreinal y se sentían poseídos de noble indignación al ver las atrocidades cometidas con su desventurado rebaño por el cruel conquistador, al ver falseada en sus principios más puros y bellos, la doctrina del Crucificado, que estaban ellos encargados de difundir entre esos desheredados de la fortuna, entre esos desdichados que tenían hambre y sed de justicia, entre esos seres humanos á quienes el Creador concedió derechos iguales á los más encumbrados personajes y que sus dominadores habían declarado bestias de carga y los trataban como á tales.

Párrocos tan virtuosos, que cumplían verdaderamente con su santa misión, eran objeto de desconfianzas para los inquisidores y el alto clero que los vigilaba constantemente y procuraban por medio

del confesionario ó el martirio, encontrar pruebas contra ellos, siendo las más terribles, las que podían demostrar que amaban verdaderamente á sus feligreses, y procuraban instruirlos, elevarlos, infundirles ideas salvadoras capaces de sacarlos de la abyecta situación en que se encontraban.

Al venerable cura Hidalgo, padre de nuestra independencia, le seguían secretamente en la Inquisición un proceso desde el año de 1800. Si más tarde en lanzarse á la lucha, quizá se lo impedían los esbirros del Santo Oficio, que ya afilaban sus garras para avalanzarse sobre él como fieras sedientas de sangre humana.

Todas las tierras, minas y propiedades urbanas, pertenecían al alto clero y á los dominadores, que gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de atentados contra las clases oprimidas.

El continente hispanoamericano se encontraba todo él en semejante situación, cuando la gran ola de libertad que invadió al mundo á fines del siglo XVIII, llegó á nuestras playas, siendo saludada con alborozo por un pueblo que por primera vez, después de larguísima y dolorosa esclavitud, oía la mágica palabra de LIBERTAD.

Esa ola bienhechora, que tuvo su origen en Francia, no pudo arribar á los pueblos mal preparados para recibirla, y fué llevada por los batallones de la Republica y el Imperio á toda Europa, inclusive á España, cuyos nobles hijos se encontraban en una situación casi tan triste como los americanos, pues pesaba sobre ellos la doble tiranía de un clero faná-

tico y ávido de riquezas y de una monarquía absoluta, corrompida y degenerada.

La América Española, sumida en la más negra obscuridad, veía como meteoros luminosos las raras noticias que recibía de los triunfos obtenidos por pueblos que conquistaban su independencia, como el de los Estados Unidos de América, y á sus oídos llegaba, aunque vago, el eco de las entusiastas aclamaciones con que en Europa era saludado el advenimiento de la libertad.

Los derechos del hombre, proclamados solemnemente por el pueblo francés ante la Europa monárquica, hicieron á los reyes temblar de pavor, porque sintieron que sus coronas vacilaban, y á la vez, en el corazón de los oprimidos despertaron la conciencia de su dignidad, de su derecho, y les dieron fuerza para emprender una lucha que antes consideraban imposible.

Los mexicanos ilustrados, especialmente los criollos, vieron abrirse nuevos y vastísimos horizontes para sus nobles deseos y legítimas aspiraciones.

El clero bajo, compuesto de mexicanos, adivinó que los principios sublimes proclamados por la revolución francesa estaban de acuerdo con el espíritu de la doctrina cristiana, y todos comprendieron que, si los conquistadores y los que por tres siglos habían dominado este Continente, no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza para ejercer sus vejaciones, era imprescindible recurrir al mismo poderoso argumento para sacudir tan pesado yugo.

Por este motivo vemos al bajo clero mexicano tomar una parte tan activa en nuestra guerra de independencia, en cuya empresa fué ayudado eficazmente por el amor y la confianza de las masas que ciegamente lo seguían, porque comprendieron que si esos hombres virtuosos habían cambiado la sotana por la espada, era para mejor defender sus derechos, castigar á sus amos insolentes y libertarlos de tan oprobiosa servidumbre.

Guerra de Independencia.

Una vez iniciada la guerra por el venerable cura de Dolores, D Miguel Hidalgo y Costilla, y por sus valerosos compañeros Allende, Aldama y Abasolo, la idea cundió con maravillosa rapidez por todo el territorio de la Nueva España, á la vez que en otros pueblos hermanos era proclamado el mismo principio salvador por invictos americanos, que con denuedo admirable lucharon, como nosotros, hasta conquistar la independencia de su patria.

En toda la América Española, la guerra revisió un carácter especial, debido á la naturaleza del territorio en donde tuvo lugar.

La inmensa superficie que servía de teatro á la guerra, ponía á los insurgentes al abrigo de derrotas de consecuencias funestas, porque les era fácil desbandarse cuando la suerte en los combates les era adversa, y como las guerrillas recorrían terreno amigo, en todas partes encontraban ayuda é informes que hacían imposible toda persecución eficaz.

Ese inmenso territorio se encontraba dividido

por altas cordilleras de montañas, en parte inaccesibles, ostentando majestuosamente sus picos coronados de nieve. sus flancos cubiertos de espesos bosques, que brindaban fácil y seguro refugio á los hijos del país, quienes conocían todas las veredas para llegar á ellos, y las cuales constituían caminos estrechos, pero rectos, que ora bordeando el precipicio, ora pasando la cañada por el único punto transitable, ora vadeando el río por el lugar menos peligroso, pronto los ponía á cubierto de la persecución de sus enemigos y les permitía concentrarse y rehacerse en puntos sólo de ellos conocidos, sólo para ellos accesibles.

Por otro lado, ríos caudalosos, selvas impenetrables y desiertos que inspiraban pavor y servían de sepultura al imprudente que se atrevía á penetrar en ellos sin conocerlos, eran otros tantos refugios para los que tenazmente luchaban por la vida de su patria. Parece que ésta, como madre cariñosa, convertía para sus hijos en seguro abrigo los lugares en donde sus enemigos sólo encontraban desolación y muerte. Su manto, que bienhechor abrigaba á los patriotas, servía tan sólo de sudario á sus opresores.

Batalla del Puente de Calderón.

El primer ejército levantado por los independientes, compuesto de chusmas sin disciplina y mal armadas, difícilmente podía encontrar abrigo seguro en las montañas, selvas ó desiertos, y como al principio tuvo algunas victorias sobre las fuerzas realistas, que arrolló á su paso, audazmente retó al enemigo,

que con fuerzas considerables venía á atacarlo, siendo completamente derrotado en la tristemente célebre batalla del puente de Calderón.

A partir de esa derrota fué cuando se organizaron multitud de guerrillas, que con incansable constancia lucharon por la independencia de su patria, obteniendo frecuentes victorias que avivaban más su fe en el triunfo final de la causa y aumentaban sus elementos de guerra. También sufrían derrotas; pero estas nunca los aniquilaban, pues en el bosque cercano ó en determinada montaña se volvían á reuir los dispersos, se reorganizaban y á los pocos días se les veía atacando de nuevo algún punto ocupado por los realistas, ó recorriendo los pueblos donde no había enemigos, para engrosar sus filas con nuevos patriotas y hacerse de los elementos indispensables para seguir la guerra.

La unidad de mando era imposible en aquellas circunstancias, y cada quien obraba según su inspiración, no siguiendo otra consigna que la de vencer ó morir: no obedeciendo á otro plan que atacar al enemigo donde quiera que se encontrara.

A pesar de esas condiciones en **Morelos**. que tan difícil era que alguien ejerciese el mando supremo, brotó en las filas insurgentes una estrella de gran magnitud que, deslumbrando con sus épicas glorias á todos los partidarios de la independencia, los subyugó con su genio, los dominó con su grandeza de alma, y por algún tiempo el partido independiente tuvo como jefe á un gran general, á un

patriota magnánimo, á un ciudadano que sabía respetar la ley: al gran Morelos, figura que se destaca gloriosa entre sus contemporáneos y sobresale á pesar de haber vivido en una época en la cual tuvo la patria tantos héroes á su servicio.

Morelos, ansiando dar á la guerra el sello de grandeza que le caracterizaba y después de tener bajo su dominio gran parte del territorio nacional, convocó á los mexicanos para mandar representantes á un Congreso que se reunió en Chilpancingo.

Pero el éxito de la guerra estaba aún indeciso; los realistas, contando siempre con elementos inagotables, preparaban y equipaban ejércitos poderosos.

No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso; se necesitaba un jefe militar. No era oportuno tener un gobierno compuesto de tantos miembros, pues para asegurar su existencia, su estabilidad, se necesitaba, no de la escolta que requiere para su protección un general en jefe en sus constantes evoluciones por el teatro de la guerra, sino de un ejército formidable que pudiese hacer frente á todas las fuerzas enemigas, que ya tendrían marcado el punto á donde reconcentrar el ataque y dirigir todos sus esfuerzos.

Esta falta cometida por nuestro héroe immaculado, con la mayor buena fe, tuvo resultados transcendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, inmolado

en la defensa del Congreso que él mismo creó. Decimos irreparable, porque ninguno de los insurgentes que logró ver á nuestra patria libre, tenía una alma tan grande como él; quizás, si hubiera sobrevivido á la prolongada guerra de independencia, nuestra suerte habría sido otra, porque con su gloria, su prestigio, su inmenso ascendiente sobre sus compañeros de armas, hubiera dominado todas las ambiciones; con su patriotismo y altos sentimientos cívicos, de que dió prueba en el Congreso de Chilpancingo, hubiera encarrilado á la República, desde su nacimiento, por un camino en donde habría encontrado menos tropiezos, escollos y vicisitudes.

Pero dejemos de ocuparnos de lo que pudo ser.

El hecho es que Morelos sucumbió debido á una falta cometida por él de buena fe. Su muerte fué una pérdida de incalculable importancia para la patria.

Esa falta la vemos ahora clarísima, porque sabemos cuáles fueron sus funestas consecuencias; si hubiéramos vivido en su época, indudablemente habríamos participado de sus hermosos ideales, de la noble ambición que lo guiaba: la de ver á su patria gobernada por representantes del pueblo.

Si insisto sobre este punto, es para demostrar cómo los hombres más grandes y más bien intencionados pueden cometer faltas que á veces llegan á ser de funestas consecuencias.

Por ese motivo no debemos nunca dejarnos deslumbrar por el brillo del que se encuentra en el poder, y para ilustrar nuestro criterio, debemos

recorrer las páginas de nuestra historia ó la de otros pueblos, en las cuales encontraremos saludables enseñanzas.

En muchos casos, aun de buena fe, es difícil saber que conducta debe seguir un pueblo, cual es la política que más le conviene para salvarse de los enemigos visibles que la atacan con bandera desplegada, ó de los invisibles que se ocultan en la sombra y que sólo esperan la oportunidad propicia para atacarlo; me refiero á los enemigos exteriores y sobre todo á los interiores, que más seguramente minan nuestro organismo social, aniquilando sus fuerzas. En esos casos, allí está la historia. Consultémosla. Ella nos enseñará el derrotero que han seguido otros pueblos para salvarse; nos mostrará gloriosos ejemplos en que inspirar nuestra conducta; reglas sabias para no dejar torcer nuestro criterio con los sofismas de los que pretenden engañarnos, y encontraremos también en ella ejemplos reconfortantes que harán renacer en nuestra alma el entusiasmo por lo bueno; la fe en la fuerza de las grandes virtudes cívicas; la seguridad en vencer si como buenos, sabemos luchar.

En este caso especial, la historia nos enseña que es indispensable la unidad en el mando, como lo tenían establecido los romanos en su legislación, y según la cual, cuando la patria estaba en peligro, se nombraba un Dictador con poderes omnímodos.

Terminada esta corta, pero útil digresión, prosigamos nuestro estudio.

Guerra de guerrillas.
 —Su influencia en el
 carácter de nues-
 tros libertadores.

Una vez muerto Morelos y desbandado el principal núcleo del ejército independiente, la guerra se

sostuvo por varios jefes que al frente de sus guerrillas operaban independientemente, siendo el terror de los realistas por su arrojo, su audacia, la rapidez de sus movimientos, lo cual les permitía, con un puñado de patriotas, traer en constante agitación y alarma á tropas muy superiores en número, á las cuales sólo atacaban cuando estaban fraccionadas, resultando de esto frecuentes victorias para los insurgentes, á cuyo arbitrio estaba determinar el lugar y el día de la batalla, y casi casi el número de sus enemigos.

Estos héroes, á quienes debemos la independencia, viviendo constantemente sobre las armas, teniendo encuentros frecuentísimos con el enemigo, á quien derrotaban las más veces, pero que también les infligía descalabros de importancia, llegaron á organizar sus fuerzas perfectamente, puesto que de su organización dependía el triunfo de su causa, para ellos más cara que su propia existencia.

Esa vida austera del campamento, esas largas y penosas marchas, esos triunfos comprados tan caramente, después de haber sido derrotados y andado prófugos por la sierra, casi solos, perseguidos de cerca por el enemigo, deben haberles inspirado pensamientos muy bellos; ilusiones muy hermosas que se realizarían cuando la patria fuera

libre. Quizá se soñaban ellos con el mando supremo de la República, guiando sus destinos hacia los ideales que soñaban, con la misma facilidad con que dirigían á sus aguerridas huestes. También debemos considerar, que sólo almas de una elevación verdaderamente rara en el mundo, pueden apreciar en su justo valor sus propios méritos. Sin embargo, la mayoría de los que no tenían esa grandeza de alma, tenían la fuerza de voluntad que proviene de una modestia incompleta, pero ya muy noble, para no hacer alarde de los servicios que prestaron á la patria y para no proclamarlos superiores á los de sus compañeros; pero en su fuero íntimo sí lo han de haber creído así, siendo raras las excepciones. Esos héroes, se imaginaban que, al conquistar la independencia, se habría asegurado para siempre la tranquilidad, la paz y el progreso de la patria, y grande fué su sorpresa cuando vieron que esto último no se realizaba, y sin vacilar lo atribuyeron á la ineptitud de sus compañeros, á quienes la suerte había puesto al frente de los destinos de la Nación y los cuales no la guiaban por el camino que ellos habían soñado: con la mano certera y con la facilidad con que estaban acostumbrados á dirigir sus legiones. No tomaron en consideración las inmensas dificultades con que tropezaban los que tenían que reorganizar un país devastado por once años de guerra; supusieron que para ellos sería más fácil la empresa; que ellos sí podrían labrar la felicidad de la República, é ignorando la eficacia de las prácticas democráticas, y convencidos del temple de la

espada que había servido para conquistar la libertad, volvieron á desenvainarla para que les ayudara á asegurar la felicidad de la patria.

Para estos incansables guerreros, la vida del campamento había llegado á tener grandes atractivos; las luchas los seducían; los descalabros les servían de aliciente; tenían la nostalgia de la guerra y no se daban cuenta de los males que ésta causaba, puesto que los mejores años de su vida los habían pasado viendo al país envuelto en ella; y habían palpado los grandes beneficios acarreados por la larguísima guerra que sirvió para conquistar nuestra independencia.

Indudablemente que á esos móviles tan elevados debemos nuestras primeras revoluciones, pues no se les puede atribuir otros á hombres tan puros y tan grandes como Guerrero y Bravo.

Principales causas de las revoluciones. — El militarismo después de la guerra de independencia. Al lado de estos héroes cuyo recuerdo la patria venera, y que desenvainaron la espada de buena fe creyendo que de ese modo cooperarían al progreso de su patria, se alzó una nu-

be de ambiciosos, que habiendo prestado servicios menores, reclamaban mayor recompensa; ya porque lograron hacer resaltar sus servicios, como Iturbide y Bustamante, ó porque con un cinismo desconcertante desfiguraron los hechos, haciendo aparecer brillantes victorias donde solo habían encontrado derrotas vergonzosas.

Esos ambiciosos de mala ley se pasaron á las filas

de los insurgentes cuando comprendieron que éstos tendrían que triunfar; pero después de haberlos combatido tenaz y ferozmente, haciéndoles una guerra sin cuartel, persiguiéndolos como fieras, no permitiéndoles en muchos casos, antes de fusilarlos, ni los consuelos que hubieran podido encontrar en las prácticas de su religión. No solamente fueron estos malos mexicanos los verdugos más encarnizados de los libertadores durante la guerra de independencia, sino que, una vez conseguida ésta, á la que contribuyeron débilmente con su tardía defección del campo realista, se hicieron pagar muy caros sus servicios; y cuando llegaron á obtener el mando supremo, después de ensangrentar el país con nuevas revueltas, fueron el azote de la patria, dieron rienda suelta á sus instintos perversos y ejercieron venganzas ruines contra los héroes más queridos y más venerados, como Guerrero, que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria y Alvarez, tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas, y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas, y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley, que de un modo tan espléndido hacían pagar á la pa-

tría sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, llevados de su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones; siempre ofrecían al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión; pero tan pronto como llegaban al poder, olvidaban sus promesas y se convertían en desalmados tiranos.

Paralelamente
Trabajos democráticos á los abusos de
del elemento civil. esos militares ambiciosos, que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido.

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fe se convocó á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquellas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la

verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

**Reflexiones sobre
militarismo y democracia.**

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra

que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispanoamericanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignorancia del pueblo, sino porque después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios. Además, la situación que se crea con esos desórdenes, es hábilmente explotada por los intrigantes y los ambiciosos.

Para probar lo anterior, citaremos el ejemplo del Brasil, que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios, pronto hubo la Nación saldado cuentas con ellos y recobrado su tranquilidad y la paz dentro de la libertad.

En cambio, la antigua Roma, modelo de democracias, en donde el pueblo había conquistado palmo á palmo sus derechos y practicádolos varios siglos, se vió arrancar esos preciosos derechos por sus generales victoriosos, quienes después de conquistar el mundo, vinieron á Roma á exigirle que con sus libertades pagara sus servicios.

Ejemplos de esa naturaleza encontramos con frecuencia en la historia, y por no ser más extensos, sólo citaremos el caso de la Francia Republicana, que victoriosa rechazó y venció á casi todas las naciones de Europa, porque sólo le hacían la guerra las testas coronadas, mientras los pueblos recibían como á sus salvadores á las huestes republicanas cuando éstas á su vez invadieron los países vecinos, obteniendo triunfos que cada vez más aseguraban la grandeza de la Francia y consolidaban las preciosas conquistas que había hecho para el género humano.

Pues bien, esa Francia que había hecho mil pedazos el cetro de sus antiguos reyes; que había roto con todas las tradiciones del pasado, y que altiva y victoriosa ostentaba en una mano el gorro frigio de la libertad para todos los pueblos, y en la otra un azote para todos los tiranos de la tierra; esa Francia tan grande y tan noble y que había sido invencible en la guerra, la vemos inclinar sumisa la cabeza ante el afortunado militar que en Italia conquistó gloria inmarcesible para las armas francesas, y con la corona, es decir, con el sacrificio de su libertad, le pagó sus brillantes victorias.

¡Igual había hecho Roma con César!

¿Y cuál fué para Francia el fruto de aquella debilidad?

Bien amargo por cierto; despues de una corta aunque brillantísima epopeya durante la cual las águilas imperiales pasaron victoriosas por toda Europa, y que le costó la pérdida de millares de hijos, vió derrumbarse como un castillo de naipes el im-

perio que parecía coloso y vió también su territorio mutilado después del último desastre de Waterloo.

Así pasa con todos los edificios que no tienen base sólida, que no se asientan sobre instituciones liberales, que no descansan en el pueblo mismo, sino que dependen de la vida, de la fortuna ó del capricho de un solo hombre.

Los vastísimos imperios de Alejandro el Grande y de Carlo Magno, sólo subsistieron mientras vivieron sus fundadores; en cambio, las repúblicas y los países en donde funcionan con regularidad las instituciones democráticas, aunque con menos brillo en sus acciones guerreras, tienen una grandeza más efectiva y sobre todo más duradera; y si no, allí tenemos ejemplos para el más exigente: En la antigüedad, Roma, cuya grandeza y cuya fortuna fué constante mientras fué república; en los tiempos modernos, los ejemplos más sobresalientes son Inglaterra y Estados Unidos; Inglaterra, en donde por primera vez anidó la libertad después de haber sido proscrita de Roma, y cuyas sólidas instituciones reposan sobre la voluntad popular, ha ensanchado constantemente sus dominios, y nunca ha estado sujeta á las veleidades de la fortuna que acompañan á las naciones cuando depositan todo el poder en un sólo hombre y abdican de su libertad.

La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos imitarlos en sus prácticas, sobre todo, en ese apego á la ley de que dan ejemplo sus mandatarios.

Por último, la Europa contemporánea nos presenta un cuadro vivo de la fuerza de la democracia.

Francia, después de sus últimas convulsiones, á resulta de las cuales sepultó para siempre la idea monárquica bajo todas sus formas, ha entrado en calma, logrado progresos portentosos en todos los ramos, y después de obtener brillantes triunfos diplomáticos debido á su prudencia, á su calma, al patriotismo y serenidad de sus directores, ocupa un lugar preponderante en Europa, á pesar de la catástrofe del 70, que tanto la debilitó; mientras que Alemania, á pesar de ser el temperamento sajón más calmoso y sereno, se ve constantemente agitada por las veleidades de su Emperador, que en un arranque de vanidad, orgullo, ira ó ceguedad, parecida á la que impulsó al pequeño Napoleón á la guerra del 70, puede traer sobre ella y sobre toda Europa una guerra desastrosa por causas bien mezquinas, bien indignas del brillo que los Emperadores pretenden dar á su púrpura, y además, de consecuencias espantosas para su propio país, aun en el caso de salir victorioso de la contienda, pues si bien es cierto que las inagotables riquezas de su rival podrían indemnizarle los gastos que hiciera en la guerra, nunca podría devolverle los innumerales hijos que perdiera en los campos de batalla. Es cierto que esto no pesa nada en la balanza de los pueblos cuando dependen de un soberano, pues tiene tantos súbditos, que bien puede sacrificar algunos cientos de miles para ensanchar sus dominios, para conquistar una poca de gloria, para sa-

tisfacer su vanidad. Pero no piensan de igual manera las madres, que desoladas esperan y nunca ven llegar á los hijos de sus entrañas; las viudas y los huérfanos, que en la miseria llorarán sin consuelo la muerte del esposo, del padre. Estos llantos, que en un pueblo democrático repercuten por todo el territorio nacional inspirando cordura y prudencia á los hombres que llevan las riendas del gobierno, ó bien haciendo que sean reemplazados por otros si se ve que quieren embarcar á la nación en una aventura peligrosa, en las autocracias no tienen ningún eco, pues al autócrata no llegan esos gemidos inoportunos: sólo llega el bélico acento del clarín, y la voz de la prudencia permanece en la puerta del palacio, pues los hombres dignos que podrían aconsejarla no son del agrado del soberano y sólo están cerca de él los que mejor saben adular sus pasiones, aunque con sus pérfidos consejos los encaminan á las aventuras más desastrosas.

Al leer lo anterior quizás haya quien suponga que todo lo dicho es efecto de nuestra imaginación; pero que se estudie detenidamente las relaciones franco-alemanas con motivo de la cuestión de Marruecos, y se verá que permanecemos aún fríos al relatar acontecimientos de interés tan palpitante; recuérdese el funesto acontecimiento de la guerra ruso-japonesa tan imprudentemente iniciada por el orgullo y la debilidad del Zar, la cual costó tantos hijos á Rusia y al Japón, y tuvo por epílogo la más vergonzosa de las derrotas para los antes invencibles ejércitos moscovitas.

A grandes reflexiones se prestan aún estos acontecimientos, pero quizás más allá, en el curso de este trabajo, encontremos oportunidad de hacerlas; por lo pronto, el hecho que queríamos hacer resaltar, es el relativo á los grandes males que sufren los pueblos cuando se dejan dominar por un solo hombre; el peligro tan grande de que esto suceda después de guerras en que las armas nacionales resultan victoriosas; la frecuencia con que ha pasado tal cosa en todos los pueblos del mundo y por último, que el militarismo ha sido siempre el enemigo de la libertad y el principal obstáculo para el funcionamiento de la democracia, y no la ignorancia de los pueblos, pues por más atrasados que nos encontremos desde 1821, no lo estamos tanto como Grecia en sus tiempos de apogeo y Roma en el de su grandeza.

Por consiguiente, debemos hacer á un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir á los pueblos: que no están aptos para la libertad, y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. Una vez vencido el enemigo extranjero, ha sido necesario pagar caramente sus servicios á los generales afortunados. Por ese motivo pusimos la corona en las sienes de Iturbide, cuya hoja de servicios consistió únicamente en la oportuna defección á la que antes había considerado como patria.

Por una gratitud más merecida, pero igualmente ciega, se quiso premiar á los demás caudillos de

la independencia con la silla presidencial, ó bien éellos lo exigieron con la espada en la mano, como Guerrero y Bravo.

Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de ellos patriotas de última hora, alteraron constantemente el orden de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado ó el más hábil militar era quien ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces á elecciones para el nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que éstas constituyeron, tan pronto como no respondían servilmente á sus miras.

Entre estos audaces militares, figura en primera línea el General Santa-Anna, el más veleidoso de todos los mandatarios, el más intrigante de todos los ambiciosos, el más cínico en sus ofrecimientos al pueblo, el que defeccionó de todos los partidos y traicionó á todas las causas.

Entre él y otros cuantos ambiciosos, tenían al país en constante alarma, resultando que los Estados que estaban lejos de la acción del Centro, vivían casi independientes y no sabían á que autoridad obedecer; pero también con Santa-Anna contrajo una deuda la Nación, pues había sido de los revolucionarios más afortunados y tenido la suerte de derrotar á Barradas, acción militar que él supo

explotar hábilmente para aparecer ante la patria como uno de sus hijos beneméritos.

En pago de esa deuda se le permitió que escalara la Presidencia de la República repetidas veces, siendo él quien se encontraba al frente del gobierno cuando se separó Texas declarándose independiente.

Santa-Anna marchó con fuerzas considerables á combatir á los texanos, pero debido á su impericia militar y á su cobardía, sacrificó inútilmente los elementos y las fuerzas nacionales, pues una vez prisionero, dió orden á las fuerzas mexicanas para que se retiraran y abandonaran el terreno en disputa.

¡Consideraba de más valor su tranquilidad y su vida, que la integridad de su Patria! y fué á soldado tal á quien la Nación encomendó su defensa cuando se vió invadida por los norteamericanos. Apenas es concebible que haya hombres que con sus descarados embustes y sus intrigas puedan llegar á imponerse de tal modo á naciones como la mexicana, que siempre ha contado con hijos dignísimos y valerosos, prontos á sacrificarse por ella.

Sin embargo, esa es la amarga realidad.

Santa Ana había encontrado el modo de reivindicarse ante la Nación, haciendo un alarde de resistencia en Veracruz contra las fuerzas francesas y publicando proclamas en las cuales describía como un triunfo para las armas nacionales, lo que en realidad había sido una derrota si no para la mayor parte del ejército que con valor se defendió dentro de sus cuarteles, sí para él y para las fuerzas direc

tamente á su mando, pues á la primer noticia del desembarco de los franceses, corrió despavorido y sólo recobró la calma y vino á atacar al enemigo, cuando ya éste se retiraba, creyendo haber logrado su objeto al llevarse prisionero al General Arista, á quien confundió con Santa-Ana.

En esa acción, á pesar del brío de que hablaba en sus proclamas, está demostrado fuera de duda por el sagaz historiador y apreciable amigo mío, Sr. Fernando Iglesias Calderón, que debió la pérdida de su pierna al hecho de no haberse ocultado bastante bien tras un muro, como lo intentó, mientras ordenaba una carga enteramente inútil, y que costó la vida á muchos buenos soldados.

La sangre que derramó Santa-Ana en esta ocasión, por su pierna mutilada, costó muy caro á la República.

Las torpezas é intrigas de Santa-Ana y de otros jefes, quienes aprovechaban los elementos que para su defensa ponía la Nación en sus manos rebelándose contra el gobierno constituído, derrocando y poniendo otro en su lugar, dieron por resultado que no pudiéramos hacer frente á las tropas americanas cuando invadieron nuestro territorio, por no ser posible la organización de ninguna defensa seria en medio de tantas disenciones, pues para eterno baldón de sus autores, éstas no cesaron ni cuando el suelo patrio era profanado por el invasor extranjero.

Tan dolorosa experiencia viene á demostrarnos que no debemos esperar nada de esos militares ambiciosos, puesto que ya hemos visto como siempre

han antepuesto sus ambiciones personales á los más sagrados intereses de la patria.

Desde que un hombre, militar ó no, toma el funesto camino de las revoluciones para escalar el poder, deben sernos sospechosos todos sus actos y debemos desconfiar de sus promesas, por más halagadoras que nos parezcan.

**Lo que debemos
entender por
militarismo.**

Ya que tan duramente
hemos increpado en este
lugar á militares ambicio-
sos que han sido la causa
del desmembramiento de

la República, conviene hacer una aclaración importante.

Siempre hemos tenido en nuestro ejército militares pundonorosos, valientes hasta la temeridad, caballerosos hasta lo novelesco y nobles y abnegados hasta el sacrificio.

Ellos están siempre listos para defender á su patria cuando corre algún peligro, luchan valientemente en su defensa, y cuando el riesgo ha pasado, se retiran á la vida privada ó siguen en su puesto, habiendo satisfecho su ambición, con inscribir en las páginas de la historia patria un día más de gloria al salvarla del peligro que corría.

Tan valientes y modestos héroes, no hacen alarde de sus servicios ni exigen á la patria el pago de la sangre por ella derramada; saben que al defenderla han cumplido con su deber, y con eso están satisfechos.

Esos son los verdaderos militares, los sostenes de la patria en los días de peligro, los que le han

legado sus glorias más puras y nunca han sido una carga para la nación, como los ambiciosos á que nos referimos más arriba. Por eso al hablar de militarismo y de los males que ha causado, nos referimos exclusivamente á los militares insubordinados, sin conciencia, que han abrazado la noble carrera de las armas, no con el fin levantado de defender á su patria, sino con el de llegar á dominarla para satisfacer pasiones ruines y su insaciable ambición.

En la guerra con los Estados Unidos, exceptuando á Santa-Ana y á uno que otro ambicioso, el ejército se portó con bravura, y si su general en jefe no hubiera traicionado ó por lo menos cometido una falta inexplicable, las armas nacionales se habrían cubierto de gloria en la batalla de la Angostura, lo cual hubiera asegurado nuestra integridad nacional, pues este ejército, una vez victorioso, habría regresado al centro del país en excelentes condiciones para batir al enemigo que amenazaba por otro lado, y por lo menos, no hubiera sido tan humillante el tratado celebrado para obtener la paz y la evacuación del territorio nacional, por las fuerzas norte-americanas.

No hablaremos de las demás faltas que Santa-Ana cometió durante esa guerra de tan tristes recuerdos para los mexicanos, por ser demasiado conocidas.

Lo que sí diremos, es que á pesar de haber observado una conducta tan sospechosa que merecía la execración nacional, por medio de una de tantas intrigas volvió

Dictadura de
Santa-Ana.

Santa Ana al poder, poco tiempo después de haberlo abandonado el íntegro pero débil Arista.

Santa-Ana, despechado por sus derrotas con los Estados Unidos de América, y más aún con quienes habían criticado su conducta censurando sus actos, inició una era de persecuciones y de venganzas como raras veces se habían visto desde que México era independiente. Se revistió del poder dictatorial, se hizo proclamar "Alteza Serenísima," decretar los honores y tratamientos más extravagantes y para sostenerse en el poder, equipó muy bien y aumentó considerablemente el ejército, poniéndolo en condiciones muy superiores á cuando se trató de defender la patria. A los escritores independientes los persiguió y gobernó despóticamente procurando centralizar todo el poder en sus manos, como lo intentó cada vez que había ascendido al poder y como lo intentaron también cuantos pretendieron gobernar el país por medio de dictaduras militares.

Revolución de Ayutla

La desesperación de los pueblos había llegado á su máximo y la Nación, aunque aparentemente tranquila, como siempre que pesa sobre ella alguna dictadura, estaba en una gran efervescencia y sólo faltaba una chispa para encender otra vez la guerra civil.

La chispa fué encendida por el General Don Juan Alvarez, uno de los héroes de nuestra independencia; de esos hombres tan raros en todas las épocas por su patriotismo y su desinterés. El nunca pidió nada á la patria en cambio de su sangre

que mil veces derramó por ella; se contentó con verla libre y desde su modesto retiro, gobernando con acierto é integridad el Estado de Guerrero, contemplaba con honda tristeza los frecuentes tropiezos sufridos por la patria que él ayudó á crear. Mas tarde, cuando fué nombrado Presidente de la República, con una magnanimidad y un desinterés que raramente encontramos en la historia, renunció ese elevado puesto, dejando en su lugar á quien él juzgaba apto para substituirlo.

La revolución iniciada en Ayutla y encabezada por el venerable insurgente de quien acabamos de hablar, así como por hombres de gran valer, como Comonfort, fué secundada por toda la Nación, y á pesar de los espléndidos ejércitos con que contaba la dictadura, triunfó en poco tiempo, arrojando del suelo patrio al funesto dictador, é implantando un gobierno netamente popular, al frente del cual estuvo provisionalmente el General Alvarez, designado para ocupar la Presidencia mientras se reunía el Congreso Constituyente y al elaborar la Constitución, determinaba el modo como debía ser electo su sucesor.

Como dijimos antes, el General Alvarez delegó el alto poder con que se le había investido, en su dignísimo colaborador, el General Comonfort. Parece que una de las principales causas que lo determinaron á tomar esa resolución, fué su avanzada edad, la cual no le permitía llevar el grandísimo peso de la administración, en aquella época tan difícil.

La elección que hizo de sustituto no podía ser más acertada, como acierta siempre quien no obe-

dece á mezquinas pasiones, sino que procura inspirarse en los altos intereses de la patria.

Comonfort ciñó sus actos fielmente á lo ofrecido en el Plan de Ayutla, convocó al Congreso Constituyente, dejándolo en entera libertad para que cumpliera su cometido y llevara á cima su magna obra. Gobernó al país con acierto, reprimió los movimientos revolucionarios con actividad y energía, y procuró quitar á las guerras civiles el carácter de ferocidad que siempre habían tenido, usando de una rara magnanimidad con los vencidos.

El Congreso Constituyente, protegido por el fuerte brazo de **Congreso Constituyente** Comonfort y aunque en medio de las tremendas agitaciones de partido que conmovían en aquella época á la República, pudo con relativa calma dedicarse á sus labores; el fruto de éstas fué la Constitución proclamada y jurada el año de 1857, en la cual se reconocían todos los derechos del hombre y se daba al país la forma de un gobierno representativo federal, satisfaciendo de esta manera las manifiestas aspiraciones de la Nación.

Los trabajos de ese Congreso son memorables por la magnitud de sus resultados, por el alto patriotismo de sus miembros, por su clarividencia, su elocuencia persuasiva, su serenidad en medio de las tempestades que los amenazaban, y por último, por su desinterés, virtud cada vez más rara en nuestro tiempo.

Ese Congreso grabó en nuestra historia, con

letra indeleble, una de sus páginas más gloriosas, pues justamente podemos vanagloriarnos los mexicanos de poseer una de las constituciones más sabias y liberales del mundo.

La reunión de aquel Congreso es la prueba más elocuente de que en México estamos perfectamente capacitados para la democracia. Como para su elección no se ejerció presión alguna, fueron representantes genuinos, legítimos del pueblo, los que á él concurrieron, y como parte integrante del mismo, conocedores de sus necesidades y sedientos de libertad.

Su labor fué admirable, y asambleas tan notables honran á cualquier país. Pero esos hombre necesitan para su desarrollo el ambiente de la libertad; la opresión, la tiranía, los asfixian.

Después de terminadas sus labores, el Congreso Constituyente clausuró sus sesiones, y los ilustres patricios que lo formaban regresaron á sus hogares.

De acuerdo con la nueva Constitución, se procedió á elegir al Presidente de la República, recayendo el nombramiento en el General Comonfort, quien había revelado notables dotes administrativas, que unidas á su energía y proverbial magnanimidad, lo habían hecho verdaderamente popular.

El General Comonfort empezó á gobernar con dificultades de todas clases, debido principalmente á los continuos pronunciamientos del elemento netamente militarista, que asociado con el clero y el partido conservador, sólo quería el poder para sa-

ciar sus ambiciones, pues si bien es cierto que cuando esos afortunados y audaces generales llegaron al poder, dieron algunos decretos favorables al clero, en realidad fué más lo que le quitaron en forma de empréstitos. En cuanto á piedad, salvo su concurrencia oficial á las más suntuosas ceremonias del culto, poco se preocupaban por los verdaderos intereses de la religión, cuando no se mofaban de ella; por más partidario del clero que fuera Márquez, nunca podremos convencernos que fué un verdadero creyente; así como los demás generales, quienes aunque no tan feroces como éste, no demostraban tener muchos escrúpulos religiosos en ninguno de sus actos, como lo demuestra principalmente la facilidad con que se afiliaban ya á uno, ya á otro partido. Su espada, salvo rarísimas y honrosas excepciones, estaba al servicio de quien pagara mejor y ofreciera más galones.

En vista de tales dificultades, el Congreso, obrando con gran cordura y con patriótica prudencia, invistió á Comonfort de poderes omnímodos, para que pudiera combatir eficazmente á los revolucionarios, y con la unidad de mando, tan necesaria cuando las naciones pasan por sus grandes crisis, pudiera remediar la situación y restablecer el orden.

A pesar de esta noble conducta del Congreso, Comonfort, obedeciendo á inexplicable sugestión, él que había sido tan leal para cumplir lo pactado en el Plan de Ayutla y que había dado tantas pruebas de patriotismo, de

prudencia y de rectitud, se resolvió á dar el funesto golpe de Estado para investirse con el poder dictatorial y convocar á otro Congreso Constituyente, porque le parecía que la Constitución, que él mismo había jurado cumplir y hacer cumplir, no llenaba las aspiraciones nacionales.

En presencia de estos hechos, se encuentra el historiador abrumado, aterrado, no acierta á explicarse cómo un hombre tan recto y noble haya cometido una falta tan imperdonable; un hombre tan apegado á la ley, la haya roto en sus manos; y por último, quien respetó como un ofrecimiento sagrado el que hizo en la efusiones de la victoria, diciendo: "los heridos pertenecen á Dios, yo los perdono," no se acordara, antes de romper la Constitución, que hacía dos meses había jurado solemnemente cumplirla y hacerla cumplir.

Sin embargo, el hecho existe y hay que buscarle una explicación.

Esta es muy sencilla, si seguimos el hilo de la idea que hemos venido desarrollando.

Comonfort, á pesar de sus brillantes y notables cualidades, era ante todo militar, y mal se aviene un militar acostumbrado ó mandar sus ejércitos, con que se le haga ninguna observación; á tener un Congreso á quien consultar en todos sus actos. El acostumbrado á mandar, no puede obedecer, y menos un militar que, como él, había conquistado tan frecuentemente las palmas de la victoria, no podía verse subordinado á una asamblea de particulares, de hombres que no sabían ni manejar el sable.

Además, Comonfort había sido el principal motor de la revolución contra la dictadura; á él debía la patria su libertad, y tenía que pagarle caramente sus servicios. Un año de Dictadura que había ejercido legalmente, lo había encariñado con el poder; ya no podía tolerar congresos que estuvieran sobre él. Quien había libertado á la patria de las garras de la Dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía más derecho á gobernar, que esa Asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, "cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario," según sus palabras textuales. La razón en que se apoyaba, fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, puesto que mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozó de tal prestigio y estuvo apoyado de un modo tan unánime por la nación, que su gobierno parecía incommovible, é indudablemente si no hubiera cometido falta tan trascendental, se habría ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto hubiéramos recobrado la paz, y con ella, el progreso en todos los ramos. Por lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado no contaba ni con la ayuda de quienes lo indujeron á cometer falta tan grande; las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él, y tuvo que salir de su país á llorar en el destierro los males que en un momento de ceguedad produjo á su patria.

Otro ejemplo que no conviene olvidar: ¡un hombre como éste, tan merecedor á los más altos honores y á la gratitud nacional; de una prudencia y un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, voluntad ó capricho de un solo hombre!

La única falta co-

Guerra de tres años. metida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á acarrear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo, rebelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. Quien esto hizo, el general Zuloa-

ga, había ocupado un puesto de gran confianza entre las fuerzas liberales y comprendió que éstas no podían aprobar su conducta, ni menos aún apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, el cual con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pasaron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales, quienes en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.

Sin embargo, las ideas liberales habían echado hondas raíces en la conciencia pública, porque se vió que de ningún modo atacaban los verdaderos intereses de la religión, y sí aseguraban á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, de esos sagrados derechos del hombre, que una vez reconocidos, lo elevan de la categoría de siervo á la de ciudadano; de la de esclavo á la de hombre libre.

Los defensores de esos principios se encontraban diseminados por el vasto territorio de la República, sirviéndoles de centro de unión, de jefe, la grandiosa figura de Juárez, quien siendo sustituto del Presidente de la República por derecho, había recogido el poder perdido por Comonfort, primero por su golpe de Estado y después por delegación que hizo, según declaraciones al efecto.

Juárez, investido de la legalidad de que se había despojado Comonfort, recogió el prestigio que aquél tenía, prestigio que supo acrecentar con la

rectitud de sus actos, su admirable serenidad en los más grandes peligros, su indomable constancia, su honradez acrisolada, su patriotismo á toda prueba.

Juárez era la encarnación de la ley, el representante genuino de la legalidad y respondía á las aspiraciones de la parte sana de la Nación, tanto del elemento civil, como del militar que se preocupaba por la prosperidad y la tranquilidad de su patria. La prueba de esto fué que los jefes que permanecieron fieles á la causa de la Reforma, jamás se rebelaron contra él ni desconocieron sus órdenes, á pesar de que él, sin medios de acción para hacerse obedecer de sus generales, permanecía bloqueado en Veracruz.

En esa lucha tremenda se había adueñado del poder el elemento malsano del ejército, en aquella época predominante, ó sea el militarismo de siempre; pero careciendo de jefe con quien la patria hubiera contraído esas deudas que á tan alto precio ha tenido que pagar. Por ese motivo no tenía ese elemento la fuerza de otras veces y aunque sus jefes eran mucho más hábiles y audaces y contaban con mayores elementos de guerra, no podía ostentar ninguno de ellos, laureles conquistados en alguna guerra extranjera.

Además, la Nación había comprendido cuales eran sus verdaderos intereses; tantos años de guerras intestinas, tan numerosos ensayos de régimen político, habían constituido una verdadera escuela, y el pueblo había manifestado de un modo claro y terminante cuando había podido nombrar con li-

bertad á sus representantes, que estaba cansado del centralismo, porque sólo servía para sostener dictaduras militares, las cuales siempre habían oprinido al pueblo, privándolo de todas sus libertades y que optaba resueltamente por el sistema federal representativo.

La mejor prueba de ésto, fué que los Constituyentes de 57 no solamente no recibieron presión ninguna para formular las grandiosas bases de su magna obra, sino por el contrario, su labor era desaprobada por el Jefe Supremo del Gobierno, Gral. Comonfort; pero éste, á pesar de que no aprobaba los trabajos del Congreso, nunca se atrevió á ejercer presión alguna para que obrara según su parecer, y obrando con cordura y patriotismo, respetó los fueros de los Constituyentes, á quienes dejó que trabajaran en libertad.

Por tales razones, la Constitución de 57, debía ser en lo sucesivo la bandera que seguirían todos los buenos hijos de México, y esa bandera era llevada muy alto dignamente por el gran Juárez, que al fin logró vencer á los reaccionarios, á los militares ambiciosos que encubrían su ambición bajo la sombra de la religión, á la parte maleada del clero, la ignorante de "que su reino no es de este mundo" y de su deber en limitarse á ejercer saludable influencia sobre las conciencias, sin temor á la luz del liberalismo, porque éste no ha venido sino á poner en práctica las enseñanzas de Jesús: á levantar al oprimido, á castigar al orgulloso.

Después de las victorias obtenidas por las fuerzas liberales en Silao y Calpulálpam, se consolidó

el triunfo del partido de la legalidad y Juárez volvió á la Capital de la República para seguir gobernando la Nación, con ese patriotismo, esa energía y esa imperturbable serenidad de que siempre dió pruebas.

Tratado Mac-Lane Ocampo.

Sin embargo, un acto cometido por él en un momento de desaliento, nos obliga á abrir un paréntesis.

Juárez, por las necesidades de la guerra, estaba investido de poderes dictatoriales, de los que siempre usó con prudencia y magnanimidad; pero como hombre que era, tuvo un momento de desfallecimiento, y él, que siempre se distinguió por su impasibilidad ante el peligro, por su serena constancia cuando se trataba de defender los grandes intereses de la patria, por su inquebrantable fe en la justicia y en el triunfo final de la causa que sostenía; él, á quien con orgullo reconocemos como uno de nuestros hombres más grandes y que en países extranjeros, aunque hermanos, ha sido declarado Benemérito de la América, tuvo un momento de debilidad y pactó el tratado Mac-Lane-Ocampo, que de haber sido aprobado por el Senado Americano, habría constituido una gran amenaza para nuestra integridad nacional.

Hablamos de tan desagradable incidente, sólo para hacer resaltar el hecho de que siempre es peligroso para los pueblos dejar todo el poder en manos de un solo hombre. Ya vimos como uno, con los méritos de Comonfort, en un momento de ofus-

cación cometió una falta que costó á la República tres años de guerra civil, y ahora vemos al inquebrantable patriota, en un momento de desfallecimiento, cometer una falta que pudo acarrear grandes males á la patria.

Falta que algunos escritores apasionados han querido hacer aparecer como una traición, no puede ser considerada como tal por ninguna persona imparcial. Nosotros creemos que debe considerarse como una debilidad de nuestro grande hombre. Ese tratado no tenía ninguna cláusula por la cual se cediera alguna pulgada de territorio nacional, y sólo hacía concesiones que podrían constituir un peligro para la patria igual al que podrá resultar del permiso concedido últimamente por el Gobierno del General Díaz á la misma Nación, para que estacione buques carboneros en la Bahía de la Magdalena y para que su escuadra haga en aquel punto sus ejercicios de tiro al blanco.

Somos de los que consideran amenazadora la concesión hecha á la vecina República del Norte para que haga uso de la Bahía de la Magdalena; pero no por eso hemos dicho ni pensado que el General Díaz traicionara á la Patria. Consideramos este acto como una prueba de debilidad de un hombre cercano á los 50 años ó bien de extremada condescendencia hacia el ilustre huésped que tan hábilmente supo halagarlo.

El tratado Mac-Lane-Ocampo lo consideramos igualmente como un acto de debilidad de Juárez; debilidad que todos los hombres están sujetos á sufrir en determinados momentos de la vida. El

mismo Jesús de Nazaret, el ejemplo, de más pura abnegación que ha venido al mundo, teniendo la visión de lo que le esperaba, tuvo sus momentos de desfallecimiento en el Monte de los Olivos, cuando lloroso dijo á su Padre: "Si es posible, aparta de mí este cáliz ... "

A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida. Todos tienen acciones buenas que presentar en su abono, acciones perversas que constituyen una deuda terrible.

El mismo hombre puede cometer acciones meritísimas y otras vituperables y no es raro encontrar en la vida de algún criminal empedernido acciones tan bellas, que conmueven, pero también, no hay hombre por grande que sea, que no haya cometido sus faltas. Sin ir muy lejos, nuestra historia nos presenta muchos ejemplos, pues ni el más immaculado de nuestros héroes dejó de cometer alguna falta, y aunque la cometiera de buena fe, no por eso dejó de tener consecuencias funestas para la Patria. Apoyaremos en hechos nuestra afirmación, y sin el deseo de denigrar á seres cuya memoria veneramos y cuyas faltas encontramos muy disculpables, citaremos algunos ejemplos además de los de Comonfort, Juárez y Díaz, de que acabamos de hablar.

El venerable Cura Hidalgo cometió una falta de consecuencias trascendentales no acupando la Ciudad de México después de la batalla del Monte de las Cruces. Esa falta fué cometida debido á los sentimientos humanitarios del venerable sacer-

dote; pero es indudable que si hubiera ocupado la Capital, el mal causado á sus habitantes no habría guardado relación con los beneficios para la causa de la Independencia.

El cura Morelos dió pruebas de ser un gran conocedor del arte de la guerra, un gran organizador, habilísimo administrador y un verdadero clarividente; y á pesar de esto, cometió el error de convocar á un Congreso y querer gobernar con él, en plena guerra, siendo lo único que podría dar resultado en aquel caso, un gobierno militar, como estaba establecido de hecho. En otra parte hablamos ya de este asunto y lo comentamos suficientemente.

Guerrero y Bravo, tan nobles, tan desinteresados, que han escrito con su espada y magnanimidad algunas de las páginas más bellas de nuestra historia, también cometieron la falta de ser de los primeros iniciadores del régimen de pronunciamientos y aonadas militares.

Pero cerremos este largo paréntesis para proseguir nuestra narración.

Una vez establecido
Presidencia del señor en el poder el gobierno
Lic. Benito Juárez. de la legalidad, sostenido por el inmenso prestigio de ésta y conquistado por el grande hombre que estaba á su cabeza, rápidamente se estableció el orden en toda la República, pues el gobierno era sostenido por la Nación entera y tenía á su servicio las espadas que tan brillantes triunfos le dieron en Silao y Calpulálpam.

Además, Benito Juárez unía á su apego á la ley, una inquebrantable energía, y había logrado subyugar con su grandeza de alma á todos los jefes liberales, que lealmente sostenían á su gobierno como al representante de la legalidad y al portandarte de la Constitución de 57, lo cual, como hemos dicho más arriba, había servido de centro de unión y de bandera á todos los buenos hijos de México.

El militarismo había sufrido un golpe mortal, porque los nuevos jefes del ejército sólo ambicionaban la tranquilidad, el progreso y la felicidad de la patria, y satisfacían esa noble ambición sirviéndola con infatigable celo.

Los jefes de las antiguas asonadas habían tenido que huír sin esperanzas de volver.

Todo parecía tranquilo, pues los principios liberales y el sistema federal representativo, habían triunfado en las sangrientas revoluciones y después de la última, ya estaban tan desprestigiados los enemigos de la Libertad, que su grito de guerra: "Religión y fueros", ya no había casi ni quien lo pronunciara, ni menos aún quien siguiera á uno que otro insensato que intentaba perturbar el orden con ese pretexto.

Terminada la guerra civil, el gobierno de don Benito Juárez convocó á la Nación para que eligiera Diputados, Magistrados y el nuevo Presidente de la

Elección del Lic. Benito Juárez para la Presidencia de la República.

República á quien debía entregar las riendas del poder.

Dos candidatos principales se disputaron ese puesto: Juárez, que con su estoicismo y constancia había salvado las instituciones liberales, y el magnánimo jefe González Ortega, que con su espada victoriosa había sido quien decidió el triunfo de la Reforma.

La balanza se inclinó por Juárez, y González Ortega, aunque consciente del inmenso prestigio de que gozaba ante la Nación, y sobre todo en el ejército, se inclinó ante el fallo del voto público, y puso su espada al servicio de su contendiente, con quistándose con ese acto, mayor gloria que la que hubiera podido conquistar gobernando hábilmente á su patria después de haber desconocido su voluntad, y haber arrojado con las armas en la mano á su legítimo representante, del puesto que ocupaba.

¡Otro ejemplo que imitar!

La Nación, después de haber conquistado tan preciosos bienes, y contenta de tener al frente de sus destinos al inmortal Juárez, creía que era llegado el momento de reposar, á fin de curar sus heridas y restañar la sangre que aún manaba; pero estaba en un error: el triunfo de las ideas liberales no se había logrado sin lastimar grandes intereses; las leyes de Reforma habían privado al clero de sus riquezas, y éste difícilmente se resignaba á ello; además, las guerras civiles encienden y alimentan terribles pasiones, y con frecuencia se ha visto á un partido prefiriendo sacrificar la indepen-

dencia de su patria, con tal que el partido contrario no ocupe el poder.

Tal cosa pasó en
Guerra de la Intervención Francesa. México: uniéronse al clero los conservadores más recalcitrantes y apasionados, así como algunos de los generales que habían perdido la esperanza de cometer sus fechorías acostumbradas, desde que el partido liberal obtuvo triunfos tan importantes, que lo habían consolidado definitivamente, é intrigando con habilidad en Europa, lograron acarrear una tormenta sobre su patria, haciendo que tres naciones poderosas mandaran sus barcos de guerra y sus ejércitos á nuestras playas.

De estos hechos tan tristes encontramos en la historia muchos casos; pero sólo citaremos algunos, siguiendo la costumbre que hemos observado en el presente trabajo, de apoyar todas nuestras afirmaciones en hechos históricos, á fin de sacar de ellos la luz necesaria para iluminar los asuntos más oscuros.

Para no remontarnos muy lejos, recordemos la conducta de los emigrados franceses durante la Revolución: ellos fueron á engrosar las filas de los enemigos de la patria, de los que pretendían desmembrarla, tan sólo por no estar conformes con el gobierno que aquélla le había dado.

La República de Cuba nos dió recientemente un tristísimo ejemplo: el presidente Estrada Palma, viendo que no podría asegurar su reelección ni luchar contra el partido liberal, solicitó la interven-

ción del Gobierno Americano, la cual ha costado tan caro á la Perla de las Antillas. Los hechos posteriores han venido á probar lo apasionado del juicio que Estrada Palma tenía acerca de los liberales, puesto que á éstos será á quienes los americanos dejen en el poder después de evacuar la isla, y de haber intervenido para que las elecciones se verifiquen libremente (á lo menos esto se deduce de las noticias que nos trae el cable, pues en la fecha en que escribimos estas líneas, Octubre de 1908, aun no se resolvía la cuestión). (1)

Por último, para que en nuestro país se llevara á cabo el tratado Mac-Lane Ocampo, indudablemente que entre otras razones obró el profundo despecho de Juárez y su Gabinete contra el partido contrario, que tantas amarguras había acarreado á la patria.

Tales son las funestas consecuencias de las guerras civiles, que encienden entre hermanos odios inextinguibles, odios que les hacen perder hasta la noción de patriotismo, pues ciegos por la ira, sólo desean ardientemente la ruina de sus enemigos, aunque arrastren á la patria en su caída.

Por eso debemos felicitarnos de que treinta años de paz y la política conciliadora del General Díaz hayan acabado con esos profundos rencores que nos tenían constantemente divididos. Esa política de conciliación, tan frecuentemente vituperada, la

(1) Después de publicada la primera edición, los acontecimientos han demostrado la exactitud de nuestro dicho, puesto que en las elecciones generales, el partido liberal resultó triunfante, y al abandonar los americanos la Isla, es á ellos á quienes dejaron en el poder.

juzgamos como uno de los timbres de gloria más legítimos del General Díaz, lo cual declaramos con satisfacción, para probar que no somos apasionados, y que siguiendo las indicaciones de nuestro escaso criterio y de nuestra amplia buena fe, procuramos dar "al César lo que es del César".

Ha de dispensar el lector tan frecuentes digresiones del principal tema desarrollado en este capítulo; pero no es propiamente un trabajo histórico el que presentamos al público; buscamos más bien en la historia el material necesario para el desarrollo de nuestra tesis, y juzgamos indispensable comentar tales hechos, á fin de aprovechar las deducciones que nos sugieran en la parte más importante de nuestro modesto trabajo.

Volvamos á la vituperable acción cometida por los elementos del partido conservador, aliados con los militares que no veían su ambición satisfecha con el régimen dominante.

Por medio de emisarios mandados á Europa, que trabajaron sordamente pero con constancia, lograron esos malos mexicanos seducir la aventurera imaginación de Napoleón III, y éste, enmascarando sus propósitos de establecer una monarquía en México, invitó á Inglaterra, España y Estados Unidos de América, para unirse, con el fin de hacer á México las reclamaciones por perjuicios que pretendían haber recibido sus nacionales. Los Estados Unidos no aceptaron la invitación, pero sí Inglaterra y España, celebrando un convenio con el Emperador de los franceses, para mandar sus es-

cuadras á Veracruz, con algunas fuerzas de desembarque.

Llevaron adelante lo pactado, y ocuparon el puerto de Veracruz los ejércitos de las potencias unidas.

El gobierno de Juárez entabló desde luego negociaciones diplomáticas y observando un lenguaje correcto, pero enérgico, digno y prudente, logró disolver en parte la tempestad que amenazaba nuestra patria, obteniendo que las fuerzas de Inglaterra y España evacuaran el territorio nacional.

Tan brillante triunfo diplomático se debió también en gran parte á la buena fe de los representantes de Inglaterra y España, quienes no quisieron precipitar á sus países en una guerra injusta, y á la hidalguía, caballerosidad y patriotismo del General Prim, cuyo noble comportamiento tanto ha influido para estrechar los lazos que nos unían á nuestra madre patria, después de haber estado largo tiempo á punto de romperse.

La hábil, digna y sincera diplomacia del gabinete de Juárez, no podía convencer al representante de Francia, porque traía instrucciones terminantes, aunque reservadas, en abierta pugna con los convenios de Londres, consistentes en no admitir ningún arreglo con el gobierno de Juárez, sino de penetrar hasta la Capital, procurar la pacificación del país y coronar Emperador de México al Archiduque Maximiliano, de la casa reinante de Austria.

Por tal motivo fué imposible todo arreglo con

los representantes de Napoleón III, y principiaron las hostilidades, dando desde luego pruebas de su mala fe con el hecho de no haber respetado los tratados de la Soledad, según los cuales, al romperse las hostilidades, las fuerzas invasoras debían retirarse á ocupar los puestos que tenían antes de firmar dichos tratados.

En esta guerra, la suerte corrida por las armas nacionales fué diversa, y lo que indudablemente nos dió el triunfo, fué la inquebrantable firmeza de Juárez, que tremolaba en su mano la bandera de 57, unida á la de independenciam patria, porque él, electo legalmente Presidente de la República, era su representante legítimo y con este carácter lo reconocían los jefes militares.

Al principio de la guerra, las armas nacionales lograron cubrirse de gloria en la memorable batalla del 5 de Mayo, en la cual el modesto y valiente General Zaragoza rechazó con fuerzas inferiores en número, á las aguerridas huestes napoleónicas.

En esa batalla se distinguieron todos los jefes mexicanos, contándose entre ellos el General Porfirio Díaz, actual Presidente de la República.

El resultado de ese triunfo fué inmenso desde el punto de vista moral, porque demostró al mundo que la fuerza de México era de tenerse en consideración y no se le podía humillar impunemente.

Por desgracia, á tan brillante triunfo sucedieron una serie de desastres, principiando en Orizaba, donde nuestras fuerzas se derrotaron casi solas debido á un golpe audacísimo de los franceses, quienes atacaron con fuerzas insignificantes el cerro

del Borrego, siendo ayudados eficazmente por la oscuridad de la noche y por la confusión que el inesperado ataque llevó á las fuerzas mexicanas.

Más tarde, cuando el ejército francés fué considerablemente reforzado y volvió á tomar la ofensiva, las fuerzas mexicanas se encerraron en Puebla, é hicieron una defensa heroica, considerada como una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar; pero de consecuencias fatales para la República. Efectivamente, al tomar el enemigo la plaza, la nación perdió casi todos sus elementos de guerra, sus ejércitos más bien organizados y muchos de sus jefes más hábiles.

El Gobierno de Juárez hizo cuanto pudo por auxiliar la plaza, mandando un convoy sostenido por fuerte columna al mando del General Comonfort; pero fué derrotado completamente y no pudo prestar el auxilio tan necesario para la plaza sitiada.

Descalabros tan funestos para las armas nacionales, abrieron las puertas de la Capital de la República á las fuerzas invasoras, y Juárez, acompañado de su Gabinete, evacuó la Capital y fué á establecer su gobierno en los Estados que se encontraban libres, viéndose obligado á cambiar frecuentemente de residencia, y llevó á cabo esa famosa peregrinación hasta los límites de la República, en la que dió nuevas pruebas de su inquebrantable fe en el triunfo final de las armas nacionales, porque con su rara clarividencia, sabía cuán grande es la fuerza del derecho, y estaba consciente del que le amparaba.

Juárez, en su peregrinación, tremolando cons-

tautemente la bandera de la independencia; representante siempre digno de la patria; imperturbable, sereno, incorruptible, servía de centro de unión á todos los buenos mexicanos que fieles militaron bajo las banderas republicanas hasta obtener el triunfo definitivo de la República.

En esa guerra volvió á darse el mismo caso que en la de Reforma: los que defendían á la patria en aquellos momentos, no tenían más ambición que salvarla, y comprendiendo cuán funesta hubiera sido cualquiera división, y subyugados por el prestigio de Juárez, pelearon en unión perfecta, ayudándose mutuamente los jefes militares en sus respectivas operaciones, sin que estos movimientos fueran en ningún caso entorpecidos por celos ó por envidia.

¡No cabe duda que los grandes peligros despiertan las grandes virtudes, así como los placeres y la molicie, enervan las más nobles facultades del alma!

Una vez disuelto en Puebla el principal cuerpo de ejército, y ocupado el centro de la República por las fuerzas invasoras, la defensa tomó un carácter parecido al de nuestra guerra de independencia, pues ocupado el país en su mayor parte por los ejércitos franceses, tan aguerridos, bien equipados y rápidos en sus movimientos, era muy difícil para los republicanos organizar grandes ejércitos con los pocos elementos de que podían disponer, y se limitaron á la organización de guerrillas, las cuales, pudiendo siempre esquivar el combate cuando comprendían que la suerte les se-

rfa adversa, podían emprenderlo tan pronto como juzgaban la victoria segura, debido á la gran movilidad que les proporcionaba la falta de pesada artillería y de voluminosos bagajes.

En esta clase de guerra sobresalen nuestros compatriotas, eficazmente ayudados por la configuración del territorio nacional.

A pesar de las numerosas defecciones en las filas republicanas ocasionadas por los continuos triunfos de los invasores, y á pesar de que éstos tenían como aliadas á numerosas fuerzas de mexicanos traidores y conocedores del terreno, la causa de la independencia fué defendida sin descanso por muchos jefes republicanos, á quienes nunca abatieron las derrotas ni los mayores desastres.

Jefes tan dignos de la veneración nacional por su constancia, nunca desmayaron en sus esfuerzos para atacar los puestos del enemigo, que no era dueño sino del terreno que pisaba, y estaba obligado á marchar siempre en gruesas columnas, porque las pequeñas eran atacadas y frecuentemente destrozadas por los incansables jefes republicanos.

Evacuación del Terri- roica, hizo gastar á
torio Nacional por Francia enormes su-
las fuerzas france- mas de dinero, per-
sas. der en combates es-

tériles sus mejores soldados, y disipar las esperanzas abrigadas por Napoleón III, de llegar á consolidar el Imperio

Mexicano y obligado á retirar sus huestes para llevarlas á su país, á pagar muy caro el atentado cometido en nuestra patria.

¡Pobre pueblo francés, tan duramente castigado por haber inclinado la cabeza ante el descendiente del gran Napoleón!

Ese hombre nefasto para su patria y también para la nuestra, es el único responsable de tanta sangre derramada.

¡Otro ejemplo del tremendo castigo que reciben los pueblos que abdican de su libertad; del peligro de dejar el poder en manos de un solo hombre!

Una vez retiradas las fuerzas francesas del territorio nacional, se desplomó el llamado imperio de Maximiliano, porque las fuerzas traidoras que lo sostenían, ni eran suficientemente numerosas, ni tenían ese entusiasmo, esa fe, que hacían invencibles á los republicanos.

El golpe de gracia lo recibió el Imperio con la toma de Querétaro, en donde el llamado Emperador y sus principales generales fueron hechos prisioneros, juzgados y condenados según las leyes del país.

Acontecimiento de tal importancia, permitió al General en jefe de las fuerzas sitiadoras de Querétaro, don Mariano Escobedo, desprender parte de sus fuerzas para estrechar el sitio de México, iniciado por el General Díaz con buen éxito.

La plaza tenía que rendirse tarde ó temprano; las fuerzas sitiadas estaban desmoralizadas y nunca podrían hacer una salida con éxito. Por estas razones procedió el General Díaz con gran cordu-

ra al no atacar la ciudad, para evitar derramamientos inútiles de sangre.

Reflexiones sobre la guerra de Intervención.

En esa larga guerra muchos fueron los jefes republicanos que se distinguieron por su inquebrantable constancia, su incansable actividad y su lealtad á la causa republicana.

De esos héroes descuellan tres: Escobedo, Corona y Díaz. Todos ellos combatieron con constancia y obtuvieron frecuentes victorias sobre las fuerzas francesas.

A los tres debía la patria grandes servicios, y aunque la adulación ha querido atribuir al actual Presidente de la República la mayor parte del mérito en aquella gloriosa guerra, allí está la historia imparcial para pesar las acciones de cada quien, y si bien es cierto que las batallas de Miahuatlan y la Carbonera, las tomas de Puebla y México, son timbres de gloria muy legítimos para el General Díaz, también lo es que Escobedo obtuvo victorias mucho más importantes por el número de combatientes y por los resultados obtenidos, como la de Santa Gertrudis, y que la toma de Querétaro fué de resultados más trascendentales que las de Puebla y México. Además, las fuerzas de caballería que destacó Escobedo en observación de Márquez, le estorbaron el paso á Puebla y permitieron al General Díaz tomar por asalto aquella ciudad el 2 de Abril.

A esta toma de Puebla se le ha querido dar una

importancia exagerada, al grado de celebrar como fiesta nacional el aniversario de ese hecho de armas.

Sólo la adulación, que pocos escrúpulos tiene, puede haber concebido tal idea, pues en nuestras guerras civiles y extranjeras contamos hechos más gloriosos y de mayor trascendencia.

Las fuerzas que defendían á Puebla estaban completamente abatidas y eran muy inferiores en número á las de los asaltantes, como lo demuestra el hecho de que en muy pocas horas se apoderaron éstas últimas de la plaza.

No es nuestro ánimo menoscabar la gloria del General Díaz y de su ejército por el éxito obtenido en aquella jornada; pero sí nos parece injusto querer darle una importancia exagerada para opacar la gloria de otros caudillos que tuvieron aun mayor mérito que él, pues no solamente el General Escobedo obtuvo victorias de más trascendencia que el General Díaz, sino también la campaña de Sinaloa por el General Corona fué mucho más activa, más brillante y de resultados muy superiores á la verificada por el General Díaz en Oaxaca durante la intervención; las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, no pueden pesar más que la campaña de Sinaloa, puesto que fueron dadas cuando los franceses estaban evacuando el territorio nacional, mientras que el General Corona tuvo constantemente en jaque á los franceses y no les permitió salir de Mazatlán y Guaymas, sino para hacerles sufrir derrotas tras derrotas, habiendo logrado que las capitales de aquellos dos Estados y

todo su territorio, á excepción de los dos puertos mencionados, estuvieran siempre ocupados por las fuerzas republicanas

En cuanto á la toma de Puebla, la acción fué dada contra fuerzas mexicanas, puesto que eran muy pocos los austriacos que se encontraban en la ciudad, y por las razones ya expresadas, no puede considerarse esa jornada la más gloriosa de la guerra de Intervención, ni mucho menos al grado de celebrar su aniversario como día de fiesta nacional

En ningún país del mundo se celebra como fiesta nacional el aniversario de alguna victoria, y menos aún cuando ha sido obtenida en alguna guerra civil. Sólo á la camarilla de aduladores de nuestro actual gobernante le ha ocurrido tal cosa.

El General Díaz, en cuanto á gloria militar, puede estar satisfecho con la suya, indisputable y meritísima, y no necesita que sus aduladores revistan con falso brillo sus acciones de armas, porque éste, dada su mala ley, siempre resultara pálido al lado de la verdad.

Ningún país como Francia cuenta en su historia páginas más brillantes escritas por sus ejércitos victoriosos; ninguna nación ha obtenido triunfos más portentosos, victorias más gloriosas y trascendentales, y sin embargo, el único día que se celebra en Francia como fiesta nacional, es el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, primer paso dado por el pueblo francés para conquistar su libertad.

Hemos insistido sobre lo anterior, porque escri-

bimos en una época en que la adulación intenta hacer del General Díaz un semidios, pretendiendo que no hay otro hombre capaz de igualarle en sus dotes extraordinarias. Todos sabemos que lo comparan con Napoleón y Washington, que le declaran más grande que Bolívar, y deducen que la Nación tiene para él una deuda de gratitud que nunca le podrá pagar, y precisamente por ese motivo, queremos aquilatar sus méritos, para saber igualmente cuanto le debe aún la patria.

Una vez evacuado el territorio nacional por los ejércitos invasores y destruidas las fuerzas de traidores que intentaron sostener el llamado imperio, volvió el gobierno de Juárez á la Capital de la República.

Había pasado ya la tremenda tempestad que por cinco años asoló el suelo patrio.

La Nación Mexicana había salido victoriosa de una contienda en que midió sus fuerzas con una de las naciones más poderosas del mundo.

Esa victoria había afirmado nuestra vida como nación independiente y asegurado para siempre el triunfo de las instituciones liberales, pues los conservadores y los militares enemigos del orden se habían deprestigiado en grado sumo con el hecho de haber traicionado á su patria.

El gobierno del Sr. Juárez tenía que tropezar con obstáculos de todas clases y resolver arduos problemas; pero parecía que unidos todos los que habían salvado á la Patria de tan tremenda crisis,

la sacarían también airoso de peligros menores.

Sin embargo, no paso así; la dolorosa experiencia de las guerras civiles que habían sucedido á la de nuestra primera independencia, no fué suficiente para poner un freno á las ambiciones de los caudillos.

Como hemos dicho, logramos rechazar las huestes extranjeras, debido no solamente á la admirable firmeza de Juárez, sino á la constancia y al indómito valor de muchos jefes republicanos que nunca abandonaron las armas, ni después de los más funestos reveses.

Pues bien, la mayor parte de esos héroes, una vez terminada la guerra siguieron prestando su ayuda al gobierno de Juárez, poniendo lealmente su espada á su servicio; pero no todos estaban conformes con desempeñar papel tan secundario; algunos de ellos juzgaban que la Patria no había recompensado suficientemente sus servicios, y como de costumbre, los estimaban muy alto; además, no comprendían que un particular, un LICENCIADO que nunca empuñó las armas, pudiera tener más méritos que ellos, y cuando vieron á la Nación no opinar del mismo modo y tributar una prueba de agradecimiento y de confianza al LICENCIADO, reeligiéndo-lo para Presidente de la República, resolvieron desenvainar de nuevo la espada para ascender ellos al poder.

Los héroes de nuestra independencia, cuando se pronunciaron en contra del gobierno constituido, tenían como disculpa las inevitables faltas que cometía aquél debido á su inexperiencia; faltas que

ellos creían poder corregir fácilmente al subir al poder; pero una vez convencidos por sí mismos de las inmensas dificultades que presentaba tal empresa, se abstuvieron de volver á perturbar el orden y sólo empuñaron de nuevo la espada para defender los fueros de la libertad cuando fué hollada sin piedad por algunos de los dictadores militares, ó para repeler alguna invasión extranjera.

Los que promovieron la revolución de la Noria no tenían esa disculpa, puesto que todos admiraban la seguridad y firmeza con que Juárez llevaba las riendas del Gobierno y además debían haber tomado experiencia en nuestro doloroso pasado, para no volver á cometer faltas que tan funestas habían sido para la República.

* * *

Uno de los problemas de más difícil solución para el Gobierno de Juárez, era que una vez terminada la guerra, tenía un ejército demasiado numeroso para las necesidades de la Nación en tiempo de paz, y su gobierno no podía sostenerlo debido á la escasez de recursos de toda clase, porque las fuentes de riqueza se hallaban cegadas y después de una guerra de cinco años, sólo se encontraban escombros por todas partes.

Para resolver tan arduo problema, Juárez convocó á una junta á todos los generales victoriosos, y en ella se acordó licenciar una parte del ejército con su oficialidad respectiva.

Este elemento militar inesperadamente se en-

contró en la calle sin recursos para su subsistencia y acostumbrado como estaba á la vida del campamento, fué una amenaza constante para la tranquilidad pública, y estuvo siempre listo para secundar cualquier asonada, cualquier levantamiento que le proporcionara los medios de subsistencia acostumbrados y le permitiera atacar al Gobierno de Juárez de quien estaban profundamente resentidos gran parte de sus miembros, porque pretendían haber sido víctimas de una injusticia, puesto que por premio de sus servicios á la patria, los había dado de baja.

A este elemento se unía el de los ejércitos sostenedores del llamado imperio, que habían sido desbandados y dada de baja su oficialidad. Estos se encontraban aún en peores condiciones y más resueltos para empuñar de nuevo el sable ó el fusil á la primera oportunidad.

Su embargo, estos elementos dispersos en todo el país, apenas podrían turbar la tranquilidad de alguna pequeña región, sin constituir una amenaza seria para el gobierno.

Para que esto pudiera suceder era necesario que tuvieran á su frente algún jefe de prestigio que los uniera á todos y organizara sus esfuerzos; pero esto no se tuvo en consideración en la referida junta, pues allí se encontraban todos los jefes que pudieran tener prestigio suficiente para promover algún movimiento serio, y todos ofrecían su incondicional ayuda al Gobierno, pareciendo dispuestos á defenderlo enérgicamente contra cualquier levantamiento.

Los mismos generales fueron á desbandar á sus tropas y licenciar á sus oficiales; pero ¿todos serían tan sinceros para explicar á sus oficiales que la penuria del erario obligaba al gobierno á tomar aquella determinación?

Si todos los jefes hubieran hablado á sus subalternos el lenguaje que en aquel momento aconsejaba el patriotismo; si les hubieran hecho comprender que debían estar orgullosos y satisfechos con haber salvado á su patria y esa satisfacción estimarla como su mejor recompensa, puesto que por lo pronto la Nación estaba imposibilitada para pagar sus servicios en otra forma; si además les hubiesen dicho que la Patria necesitaba aún sus servicios, pero no ya en el ejército, sino en el taller, en el campo, y que el mejor modo de servirle en la nueva era por que atravesaba, era dedicarse á formar un patrimonio, aprendiendo á manejar el martillo y el arado y á servir de núcleo para la formación de una familia honrada; por último, si hubiesen unido el ejemplo á las exhortaciones y no solamente hubieran permanecido sumisos al Gobierno, sino colaborado eficazmente para conservar la paz, indudablemente que desde entonces *habría echado ésta hondas raíces en nuestro suelo.*

Desgraciadamente no fué así, pues uno de los jefes más prestigiados, el General Porfirio Díaz, á pesar del empeño de Juárez en que permaneciera al servicio del Gobierno, logró separarse debido á sus reiteradas instancias y empezó á conspirar contra el Gobierno. Reunió á su derredor par-

te de esos oficiales descontentos porque los habían licenciado, se puso de acuerdo con algunos otros jefes de los que se distinguieron en la pasada guerra, y seguido igualmente por sus antiguos adictos, oficiales y soldados, no tardó en levantarse en armas contra el gobierno constituido, proclamando el principio de no reelección, según proclama que desde su hacienda de la Noria, lanzó á la Nación, en Noviembre de 1871, y que á la letra dice:

“Al Pueblo Mexicano:

“La reelección indefinida, forzosa y violenta, del Ejecutivo Federal, ha puesto en peligro las instituciones nacionales.

“En el Congreso, una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos, ha hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y convertido á la Representación Nacional en una cámara cortesana, obsequiosa y resuelta á seguir siempre los impulsos del Ejecutivo.

“En la Suprema Corte de Justicia, la minoría independiente que había salvado algunas veces los principios constitucionales de este cataclismo de perversión é inmoralidad, es hoy impotente por la falta de dos de sus más dignos representantes, y el ingreso de otro llevado allí por la protección del Ejecutivo. Ninguna garantía ha tenido desde entonces el amparo; los Jueces y Magistrados pundonorosos de los Tribunales Federales son sustituidos por agentes sumisos del Gobierno, los intereses más caros del pueblo y los principios de

mayor trascendencia quedan á merced de los perros guardianes.

“Varios Estados se hallan privados de sus autoridades legítimas y sometidos á gobiernos impopulares y tiránicos, impuestos por la acción directa del Ejecutivo y sostenidos por las fuerzas federales. Su soberanía, sus leyes y la voluntad de los pueblos han sido sacrificadas al ciego encaprichamiento del poder personal.

“El Ejecutivo, gloriosa personificación de los principios conquistados desde la revolución de Ayutla hasta la rendición de México en 1867, que debiera ser atendido y respetado por el gobierno para conservarle la gratitud de los pueblos, ha sido abajado y envilecido, obligándolo á servir de instrumento de odiosas violencias contra la libertad del sufragio popular, y haciéndole olvidar las leyes y los usos de la civilización cristiana en México, Atexcatl, Tampico, Barranca del Diablo, la Ciudadela y tantas otras matanzas que nos hacen retroceder á la barbarie.

“Las rentas federales, pingües, saneadas como no lo habían sido en ninguna otra época, toda vez que el pueblo sufre los gravámenes decretados durante la guerra, y que no se pagan la deuda nacional ni la extranjera, son más que suficientes para todos los servicios públicos, y deberían haber bastado para el pago de las obligaciones contraídas en la última guerra, así como para fundar el crédito de la Nación, cubriendo el rédito de la deuda interior y exterior legítimamente reconocida. A esta hora, reducidas las erogaciones y

sistemada la administración rentística, fácil sería dar cumplimiento al precepto constitucional, librando al comercio de las trabas y dificultades que sufre con los vejatorios impuestos de alcabalas, y al erario de un personal oneroso.

“Pero lejos de esto, la ineptitud de unos, el favoritismo de otros y la corrupción de todos, ha cegado esas ricas fuentes de la pública prosperidad: los impuestos se reagran, las rentas se dispensan, la Nación pierde todo crédito y los favoritos del poder monopolizan sus espléndidos gajes. Hace cuatro años que su procacidad pone á prueba nuestro amor á la paz, nuestra sincera adhesión á las instituciones. Los males públicos exacerbados produjeron los movimientos revolucionarios de Tamaulipas, San Luis, Zacatecas y otros Estados; pero la mayoría del gran partido liberal no concedió sus simpatías á los impacientes, y sin tenerla por la política de presión y arbitrariedad del gobierno, quiso esperar con el término del período constitucional del encargado del Ejecutivo, la rotación legal democrática de los poderes que se prometía obtener en las pasadas elecciones.

“Ante esta fundada esperanza que, por desgracia, ha sido ilusoria, todas las impacencias se moderaron, todas las aspiraciones fueron aplazadas y nadie pensó más que en olvidar agravios y resentimientos, en restañar las heridas de las anteriores disidencias y en reanudar los lazos de unión entre todos los mexicanos. Sólo el gobierno y sus agentes, desde las regiones del Ejecutivo, en el recinto del Congreso, en la prensa mer-

cenaria, y por todos los medios, se opusieron tenaz y caprichosamente á la amnistía que, á su pesar, llegó á decretarse por el concurso que supo aprovechar la inteligencia y patriótica oposición parlamentaria del 5º Congreso Constitucional. Esa ley que convocaba á todos los mexicanos á tomar parte en la lucha electoral bajo el amparo de la Constitución, debió ser el principio de una época de positiva fraternidad, y cualquiera situación creada realmente en el terreno del sufragio libre de los pueblos, contaría hoy con el apoyo de vencedores y vencidos.

“Los partidos, que nunca entienden las cosas en el mismo sentido, entran en la liza electoral llenos de fe en el triunfo de sus ideas é intereses, y vencidos en buena lid, conservan la legítima esperanza de contrastar más tarde la obra de su derrota, reclamando las mismas garantías de que gozaban sus adversarios; pero cuando la violencia se arroga los fueros de la libertad, cuando el soborno sustituye á la honradez republicana, y cuando la falsificación usurpa el lugar que corresponde á la verdad, la desigualdad de la lucha, lejos de crear ningún derecho, encona los ánimos y obliga á los vencidos por tan malas arterías, á rechazar el resultado como ilegal y atentatorio.

“La revolución de Ayutla, los principios de la Reforma y la conquista de la independencia y de las instituciones nacionales, se perderían para siempre si los destinos de la Republica hubieran de quedar á merced de una oligarquía tan inhábil como absorbente y antipatriótica; la reelección in-

definida es un mal de menos trascendencia por perpetuidad de un ciudadano en el ejercicio del poder, que por la conservación de las prácticas abusivas, de las confabulaciones ruinosas y por la exclusión de otras inteligencias é intereses, que son las consecuencias necesarias de la inmutabilidad de los empleados de la administración pública.

“Pero los sectarios de la reelección indefinida prefieren sus aprovechamientos personales á la Constitución, á los principios y á la República misma. Ellos convirtieron esa suprema apelación al pueblo en una farsa inmoral, corruptora, con mengua de la magestad nacional que se atreven á invocar.

“Han relajado todos los resortes de la administración, buscando cómplices en lugar de funcionarios pundonorosos.

“Han derrochado los caudales del pueblo para pagar á los falsificadores del sufragio.

“Han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horribles, hasta el grado de ser proverbial la funesta frase de “Ley fuga.”

“Han empleado las manos de sus valientes defensores en la sangre de los vencidos, obligándolos á cambiar las armas del soldado por el hacha del verdugo.

“Han escarnecido los más altos principios de la democracia; han lastimado los más íntimos sentimientos de la humanidad, y se han beñado de los

más caros y trascendentales preceptos de la moral.

“Reducido el número de diputados independientes por haberse negado ilegalmente toda representación á muchos distritos, y aumentando arbitrariamente el de los reeleccionistas, con ciudadanos sin misión legal, todavía se abstuvieron de votar cincuenta y siete representantes en la elección de Presidente, y los pueblos la rechazan como ilegal y antidemocrática.

“Requerido en estas circunstancias, instado y exigido por numerosos y acreditados patriotas de todos los Estados, lo mismo de ambas fronteras que del interior y de ambos litorales, ¿qué debo hacer?”

“Durante la revolución de Ayutla salí del colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en lucha contra la invasión extranjera, sostuve la independencia nacional hasta restablecer al gobierno en la capital de la República.

“En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo, ni empleo de ninguna clase; pero he contraído también graves compromisos para con el país por su libertad é independencia, para con mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente á los males públicos.

“Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he negado á la patria en peligro; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo per-

sonal, cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo. Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador á las ostentaciones del poder. Si por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido mi último deber con la República.

“Combatiremos, pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria. “Constitución de 57 y libertad electoral” será nuestra bandera; “menos gobierno y más libertades,” nuestro programa.

“Una convención de tres representantes por cada Estado, elegidos popularmente, dará el programa de la reconstrucción constitucional y nombrará un Presidente Constitucional de la República, que por ningún motivo podrá ser el actual depositario de la guerra. Los delegados, que serán patriotas de acrisolada honradez, llevarán al seno de la convención, las ideas y aspiraciones de sus respectivos Estados, y sabrán formular con libertad y sostener con entereza las exigencias verdaderamente nacionales. Solo me permitiré hacer eco á las que se me han señalado como más ingentes; pero sin pretensión de acierto ni ánimo de imponerlas como una resolución preconcebida, y protestando desde ahora que aceptaré sin resistencia ni reserva alguna, los acuerdos de la convención.

“Que la elección de Presidente sea directa, personal, y que no pueda ser elegido ningún ciudadano que en el año anterior haya ejercido por un solo

día autoridad ó encargo cuyas funciones se extiendan á todo el territorio nacional.

“Que el Congreso de la Unión sólo pueda ejercer funciones electorales en los asuntos puramente económicos, y en ningún caso para la designación de altos funcionarios públicos.

“Que el nombramiento de los Secretarios del despacho y de cualquier empleado ó funcionario que disfrute por sueldos ó emolumentos más de tres mil pesos anuales, se someta á la aprobación de la Cámara.

“Que la Unión garantice á los Ayuntamientos derechos y recursos propios, como elementos indispensables para su libertad é independencia.

“Que se garantice á todos los habitantes de la República el juicio por jurados populares que declaren y califiquen la culpabilidad de los acusados; de manera que á los funcionarios judiciales sólo se les conceda la facultad de aplicar la pena que designen las leyes preexistentes.

“Que se prohiban los odiosos impuestos de alcabala y se reforme la ordenanza de aduanas marítimas y fronterizas, conforme á los preceptos constitucionales y á las diversas necesidades de nuestras costas y fronteras.

“La convención tomará en cuenta estos asuntos y promoverá todo lo que conduzca al restablecimiento de los principios, al arraigo de las instituciones y al común bienestar de los habitantes de la República.

“No convoco ambiciones bastardas ni quiero avivar los profundos rencores sembrados por las de-

masías de la administración. La insurrección nacional que ha de devolver su IMPERIO á las leyes y á la moral ultrajadas, tiene que inspirarse de nobles y patrióticos sentimientos de dignidad y justicia.

“Los amantes de la Constitución y de la libertad electoral son bastante fuertes y numerosos en el país de Herrera, Gómez Farías y Ocampo, para aceptar la lucha contra los usurpadores del sufragio popular.

“Que los patriotas, los sinceros constitucionalistas, los hombres del deber, presten su concurso á la causa de la libertad electoral, y el país salvará sus más caros intereses. Que los mandatarios públicos, reconociendo que sus poderes son limitados, devuelvan honradamente al pueblo elector el depósito de su confianza en los períodos legales, y la observancia estricta de la Constitución será verdadera garantía de paz. Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y esta será la última revolución.

PORFIRIO DÍAZ.

“La Noria”, Noviembre de 1871.”

* * *

Indudablemente los principios proclamados y los cargos hechos al gobierno, sólo eran pretexto para quitar del poder á Juárez, puesto que para lograr la reforma de la Constitución en ese sentido, no se necesitaba apelar á las armas; ella misma indicaba cuáles eran los trámites legales para reformarla, y el General Díaz y los demás descontentos que lo si-

guieron, tenían bastante prestigio para haber logrado el triunfo de ese principio, iniciando una campaña democrática, enérgica y sincera, por medio de la prensa, clubs y trabajos electorales.

Pero no es á militares ambiciosos á quienes se ha de hablar de prácticas democráticas ni de la fuerza del derecho; para ellos no hay más derecho que el de la fuerza, ni práctica más eficaz que la de desenvainar el sable.

La verdadera causa de ese levantamiento, fué la ambición de algunos militares, quienes estimaban que su patria no les había recompensado ampliamente sus servicios, y con la espada en la mano le exigían ese pago, como antes lo exigieron Iturbide, Guerrero, Bravo, Bustamante, Santa Ana y otros muchos.

¡El militarismo en acción!

¡La guerra fratricida volvió á encenderse!

Por un lado luchaban militares insubordinados, ensangrentando el suelo patrio para satisfacer sus ambiciones, para hacerle pagar muy caro la sangre por él derramada!

¡Por el otro, muchos militares también; pero pun-donorosos, esclavos de su palabra, contentos con seguir sirviendo á su patria y que se consideraban ampliamente pagados con la satisfacción de haberla salvado!

Sostenían estos últimos al gobierno de Juárez, que con su grandeza de alma, su tacto, su patriotismo, se había impuesto sobre todos ellos y sereno guiaba la nave del Estado ayudado por tan buenos mexicanos.

Juárez es el único Presidente civil que haya logrado tener en jaque al militarismo, pues con su patriotismo sedujo á los militares pandonorosos que le sirvieron de firme apoyo, y con su inquebrantable energía dominó á los que se levantaron contra él encabezados por el General Díaz.

Las fuerzas del gobierno, victoriosas, habían casi sofocado la revolución, cuando falleció el gran Juárez.

La noticia de su fallecimiento llenó de consternación á toda la República y puso fin á la contienda civil, pues ya no subsistía el pretexto para seguir luchando, y como las fuerzas del gobierno eran las victoriosas, los pronunciados se vieron obligados á capitular y la tranquilidad volvió á reinar en todo el territorio nacional.

A la muerte de nuestro gran
Revolución de de hombre, subió al poder con
Tuxtepec. aplauso de toda la Nación el
 eminente jurisconsulto Don
 Sebastián Lerdo de Tejada, que había prestado importantísimos servicios á la República, siendo uno de los ministros de Juárez, á quien acompañó en su larga y penosa peregrinación por los Estados del Norte, como uno de sus más firmes é inteligentes colaboradores. Era gran orador, de brillantísima inteligencia y de una honradez acrisolada; pero le faltaba aquella energía, aquel prestigio, aquel tacto superior que constituían la fuerza de Juárez.

El Señor Lerdo, acostumbrado á ver que las mayores tempestades no acertaban á desviar el rumbo con que marchaba la nave del Estado y que imper-

turbablemente seguía ésta su derrotero, llegó á creer que el gobierno legítimo era invulnerable. nunca comprendió el peligro que corría su administración, y hasta en los últimos momentos estuvo adormecido por esperanzas tan alagüeñas como infundadas.

Con este motivo, no tuvo el tacto necesario para tratar á sus subordinados, sin tener en cuenta que con su conducta disgustaba á muchos altos militares, á multitud de hombres prestigiados que iban á engrosar las filas de los descontentos, los cuales reconocían como Jefe al General Porfirio Díaz, quien una vez lanzado en la funesta pendiente de las revueltas, tenía que vencer definitivamente ó morir, pues no era hombre que se contentara con los términos medios.

El Señor Lerdo pudo tener á su disposición el remedio para calmar á los descontentos, satisfacer la ambición ó la necesidad de quienes lo abandonaban, premiar á los militares que habían derramado su sangre en defensa de la patria y sacar al tesoro nacional de la penuria en que se encontraba.

El remedio era aceptar algunas ofertas que le hacían financieros extranjeros para la emisión de un empréstito; pero rehusó esas ofertas por juzgar las operaciones que le proponían, onerosas para la Nación, y no podía ser de otro modo, pues era bien sabido que el General Díaz conspiraba constantemente, lo cual constituía una amenaza perenne para la paz pública, y eso atemorizaba á los capitalistas extranjeros.

Lerdo de Tejada, con altísimas miras, se preocu-

paba más por el porvenir de la Patria que por asegurar su administración. No cabe duda que fué ésta una gran falta, pues si hubiera asegurado la tranquilidad del país, aun á costa de un empréstito oneroso, hubiera hecho más bien á la Patria que dejando tanto descontento en la pobreza, pues éstos constituían una amenaza constante para el orden público.

Sin embargo, ahora juzgamos después de pasados los acontecimientos: pero indudablemente esa medida aislada no hubiera salvado la situación, la cual provenía de que el Señor Lerdo no tenía un carácter á propósito para gobernar en aquellas circunstancias. Si hubiera lanzado el empréstito y enriquecido á algunos de los patriotas, habrían tenido pretextos de más peso y algunos visos de razón en levantarse los que tal hicieron, puesto que de todos modos permanecerían descontentos por ser su ambición difícil de satisfacer. Lo que se necesitaba para poner orden en aquel caos, era la mano de hierro de Juárez, ¡qué demasiado pronto abandonó este mundo!

No pudiendo recurrir el señor Lerdo, por temperamento, á medios que él juzgaba peligrosos, la revolución era inevitable, pues de continuo aumentaban las filas de los descontentos, que abiertamente conspiraban en la capital de la República y aun en el mismo Palacio Nacional.

El General Díaz anduvo mucho tiempo oculto, sufriendo mil aventuras, y si esto demuestra que es un hombre intrépido y afortunado, demuestra igualmente su invencible tenacidad; había soñado

con la Presidencia de la República y tenía que valerse de cuantos medios estuvieran á su alcance para lograr su objeto y saciar su ambición de gobernar.

En las elecciones presidenciales resultó reelecto el señor Lerdo de Tejada; y éste, para satisfacer las necesidades siempre crecientes del erario, había promulgado la ley del timbre; ley equitativa que reparte automáticamente el impuesto en proporción á las operaciones mercantiles de cada contribuyente.

Es cierto que en algunos Estados hubo presión en las elecciones, pero nos han referido personas, en aquella campaña porfiristas, que á pesar de la presencia en sus pueblos de fuerzas federales, ganaron ellos las elecciones, lo cual demuestra que la presión no fué tan grande ni constituyó un obstáculo invencible para que la Nación hubiera votado en contra del señor Lerdo, en caso de no estar satisfecha con sus servicios.

De todos modos, esa arbitrariedad no era motivo para ensangrentar el país con otra revolución, ni lo era el pretender la reforma de la Constitución en el sentido de no-reelección; ni tampoco el deseo de abolir el impuesto del timbre.

Como hemos dicho al referirnos á la revolución de la Noria, acaudillada por el mismo General Díaz, la Constitución tiene previsto el caso en que se quiera reformarla, é indica los trámites.

Una campaña vigorosa y honrada en la prensa y en los clubs, hubiera logrado esa reforma sin efusion de sangre.

Para emprenderla sólo se necesitaba patriotismo, pues durante la administración del señor Lerdo la imprenta gozó de gran libertad y éste nunca hubiera recurrido al régimen de persecuciones contra los que trabajaban legalmente porque se reformara la Constitución en un sentido más liberal.

Pero para seguir esa conducta, se necesitaba no tener otro móvil que el bien de la Patria y querer trabajar por su engrandecimiento sin miras egoístas, puesto que los luchadores en el terreno de la idea, generalmente no tienen otra recompensa que la muy abstracta de haber satisfecho una de las más nobles aspiraciones del alma, como es la de servir desinteresadamente á su Patria. Pero esa recompensa no satisface á todos; no todos saben comprenderla. El caudillo de la intervención estaba convencido de que la Patria había contraído una gran deuda con él; el antiguo jefe que se había visto cubierto de gloria al verificar su entrada triunfal en México, en donde fué tratado con gran cariño y respeto por sus conciudadanos, admiradores de sus laureles y más que todo de su modestia verdaderamente republicana, no podía resignarse á vivir oculto entre las montañas más escabrosas, en las selvas más impenetrables, y vivir siempre proscrito de la sociedad ó lejos de la Patria.

Por estos motivos, y cuando hubo reunido los elementos necesarios, volvió á levantarse en armas el General Díaz, haciendo á la Nación las promesas más halagüeñas en el plan de Tuxtepec, que fué después reformado en Palo Blanco, quedando como sigue:

“Considerando: Que la República Mexicana está regida por un gobierno que ha hecho del abuso un sistema político, despreciando y violando la moral y las leyes, viciando á la sociedad, despreciando á las instituciones, y haciendo imposible el remedio de tantos males por la vía pacífica; que el sufragio público se ha convertido en una farsa, pues el presidente y sus amigos por todos los medios reprobados hacen llegar á los puestos públicos á los que llaman sus “Candidatos Oficiales,” rechazando á todo ciudadano independiente; que de este modo y gobernando hasta sin ministros se hace la burla más cruel á la democracia que se funda en la independencia de los poderes; que la soberanía de los Estados es vulnerada repetidas veces; que el Presidente y sus favoritos destituyen á su arbitrio á los Gobernadores, entregando los Estados á sus amigos, como sucedió en Coahuila, Oaxaca, Yucatán y Nuevo León, habiéndose intentado hacer lo mismo con Jalisco; que á este Estado se le segregó para debilitarlo, el importante cantón de Tepic, el cual se ha gobernado militarmente hasta la fecha, con agravio del pacto federal y del derecho de Gentes; que sin consideración á los fueros de la humanidad se retiró á los Estados fronterizos la mezquina subvención que les servía para defensa de los indios bárbaros; que el tesoro público se dilapida en gastos de placer, sin que el Gobierno haya llegado á presentar al Congreso de la Unión la cuenta de los fondos que maneja.”

“Que la administración de justicia se encuentra en la mayor prostitución, pues se constituye á los

Jueces de Distrito en agentes del centro para oprimir á los Estados; que el poder municipal ha desaparecido completamente pues los Ayuntamientos son simples dependientes del Gobierno para hacer las elecciones; que los protegidos del Presidente perciben tres y hasta cuatro sueldos por los empleos que sirven con agravio de la moral pública; que el despotismo del poder Ejecutivo se ha rodeado de presidiarios y asesinos que provocan, hieren y matan á los ciudadanos ameritados; que la instrucción pública se encuentra abandonada; que los fondos de ésto paran en manos de los favoritos del Presidente; que la erección del Senado, obra de Lerdo de Tejada y sus favoritos, para centralizar la acción legislativa, importa el veto á todas las leyes; que la fatal ley del timbre, obra también de la misma funesta administración, no ha servido sino para extorcionar á los pueblos; que el país ha sido entregado á la Compañía Inglesa con la concesión del Ferrocarril de Veracruz y el escandaloso convenio de las tarifas, que los excesivos fletes que se cobran han estancado al comercio y á la agricultura; que con el monopolio de esta línea se ha impedido que se establezcan otras produciéndose el desequilibrio del comercio en el interior, el aniquilamiento de todos los demás puertos de la República y la más espantosa miseria en todas partes; que el Gobierno ha otorgado á la misma Compañía con pretexto del Ferrocarril de León, el privilegio para celebrar loterías, infringiendo la Constitución; que el Presidente y sus favorecidos han pactado el reconocimiento de la enorme deuda

Inglesa, mediante dos millones de pesos que se reparten por sus agencias; que ese reconocimiento, además de inmoral es injusto, porque á México nada se indemniza por perjuicios causados en la intervención.”

“Que aparte de esa infamia, se tiene acordada la de vender tal deuda á los Estados Unidos, lo cual equivale á vender el país á la nación vecina; que no mereceremos el nombre de ciudadanos mexicanos, ni siquiera el de hombres los que sigamos consintiendo el que estén al frente de la administración los que así roban nuestro porvenir y nos venden en el extranjero; que el mismo Lerdo de Tejada destruyó toda esperanza de buscar el remedio á tantos males en la paz, creando facultades extraordinarias y suspensión de garantías para hacer de las elecciones una farsa criminal.”

* * *

“En nombre de la sociedad ultrajada y del pueblo mexicano vilependiado, levantamos el estandarte de la guerra contra nuestros comunes opresores, proclamando el siguiente plan:”

“Art. 1º Son leyes supremas de la República, la Constitución de 1857, la acta de reformas promulgada el 25 de Septiembre de 1873, y la ley de 1874.”

“Art. 2º Tendrán el mismo carácter de ley suprema la *No-Reelección* del Presidente de la República y Gobernadores de los Estados, mientras se consigue elevar este principio al rango de reforma

constitucional, por los medios legales establecidos por la Constitución.”

“Art. 3º Se desconoce á D. Sebastián Lerdo de Tejada como Presidente de la República y á todos los funcionarios y empleados por él, así como los nombrados en las elecciones de Julio del año de 1875.”

“Art. 4º Serán reconocidos todos los gobernadores de los Estados que se adhieran al presente plan. En donde esto no suceda se reconocerá interinamente como gobernador al que nombre el jefe de armas.”

“Art. 5º Se harán elecciones para Supremos Poderes de la Unión á los dos meses de ocupada la capital de la República, en los términos que disponga la convocatoria que expedirá el Jefe del Ejecutivo, un mes después del día en que tenga lugar la ocupación, con arreglo á las leyes electorales de 12 de Febrero de 1857 y 23 de Diciembre de 1872.”

“Al mes de verificadas las elecciones secundarias se reunirá el Congreso, y se ocupará inmediatamente de llenar las prescripciones del art. 51 de la primera de dichas leyes, á fin de que desde luego entre al ejercicio de su encargo el Presidente constitucional de la República y se instale la Corte Suprema de Justicia.”

“Art. 6º El Poder Ejecutivo, sin más atribuciones que las meramente administrativas, se depositará mientras se hacen las elecciones, en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia actual, ó en el magistrado que desempeñe sus funciones, siempre que uno ú otro en su caso, acepte en to-

das sus partes el presente plan, y haga conocer su aceptación por medio de la prensa, dentro de un mes, contado desde el día en que el mismo plan se publique en los periódicos de la capital. El silencio ó negativa del funcionario que rija la Suprema Corte, investirá al Jefe de las armas con el carácter de Jefe del Ejecutivo.”

“Art. 7º Reunido el octavo Congreso constitucional, sus primeros trabajos serán la reforma constitucional de que habla el art. 2º, la que garantiza la independencia de los municipios y la ley que dé organización política al Distrito Federal y Territorio de la Baja California ”

“Art. 8º Los generales, jefes y oficiales que con oportunidad secunden el presente plan, serán reconocidos en sus empleos, grados y condecoraciones.”

“Campo en Palo Blanco, Marzo 21 de 1876.—
PORFIRIO DÍAZ.”

Este plan, propuesto por el caudillo de la intervención; por el que había consumado algunos de los hechos de armas más gloriosos peleando bajo la bandera republicana; que había dado grandes pruebas de integridad y desinterés al entregar á Juárez cuando entró á la capital de la República, \$ 300,000.00 que tenía en caja; que había revelado una gran modestia al entrar á México, y además, siendo apoyado su movimiento por gran parte de los jefes que se habían distinguido en la guerra de Intervención, presentaba á la República espejismos engañosos y le hacía concebir las más risueñas ilusiones para cuando triunfara el movimiento revolucionario.

rio, pues en aquellos momentos de febril entusiasmo, á ninguna persona se le ocurría poner en duda la sinceridad de los austeros jefes republicanos que habían dado á la patria independencia y gloria, y todos abrigaban las más halagüeñas esperanzas para cuando llevaran las riendas del poder los gloriosos caudillos de la Intervención, los honrados jefes que sabrían cumplir fielmente sus promesas.

Tales eran las esperanzas de la Nación mientras duraba el conflicto, y por eso permaneció en su mayoría en una situación expectante mientras duró la lucha, y se alegró cuando hubo triunfado el partido revolucionario.

Como hemos dicho, al General Díaz lo secundaban en su movimiento todos los militares insubordinados y ambiciosos que siempre quedan después de las grandes guerras; los antiguos jefes y oficiales que habían combatido á sus órdenes, y por último, indudablemente se unieron á él muchos patriotas de buena fe, que juzgaban salvadores los principios proclamados en Tuxtepec por un jefe como el General Díaz, que garantizaba cumplir esas promesas, debido á su gran prestigio, realizado por su integridad en el manejo de los fondos públicos. Otras circunstancias favorables á su movimiento, fueron que el señor Lerdo, soltero á su edad, tenía las costumbres de la mayoría de éstos, lo cual se prestaba á acerbos ataques de sus enemigos, que criticaban todos los actos de su vida privada, la cual, en honor á la verdad, no podía citarse como modelo.

Ataques de esa naturaleza llenaban de ridículo

al señor Lerdo, é influían grandemente en la opinión pública, teniendo por efecto que no fuera un hombre verdaderamente popular, pues no todos tenían el desarrollo intelectual suficiente para poder apreciar las grandes dotes de aquel hombre eminente, mientras que sí estaba al alcance de todos juzgar sus defectos.

Es incalculable lo que influye la vida privada de un gobernante en el aprecio de sus conciudadanos. En ese respecto, el General Díaz gozaba de la fama de ser un austero republicano, y en verdad, hasta ahora no ha desmentido esa fama, sino que la ha consolidado más y más con la vida privada que lleva, unánimemente calificada de intachable.

Por último la desunión surgió en el bando gobiernista, porque el señor Iglesias, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, declaró que consideraba fraudulenta y atentatoria la reelección del señor Lerdo para Presidente de la República, y por tal motivo desconoció su autoridad.

Su actitud fué apoyada por algunos Estados y por parte de las fuerzas federales, que lo reconocieron como al legítimo representante de la Nación.

De esta división, así como de las demás circunstancias, se aprovechó hábilmente el General Díaz, y ayudado por el irresistible brillo de los galones, hizo que se inclinara la balanza por el Plán de Tuxtepec.

Por otra parte, cuando la primera revolución

promovida por el General Díaz, además de que luchó contra Juárez en vez de ser contra Lerdo, estaba aún muy reciente la epopeya de las armas republicanas; en los corazones ardía aún el fuego del patriotismo que los hizo vencer á su formidable enemigo; pero ese fuego se había ido apagando poco á poco, y el trabajo de zapa de los descontentos seguía infiltrando en las conciencias que se habían mantenido más limpias, el veneno de la envidia, de la ambición, y como no estaban contenidas ni por el irresistible prestigio ni por la inquebrantable energía de Juárez, iban á engrosar las filas de los revoltosos, aumentando así cada vez más las fuerzas del nuevo caudillo, que con su maravilloso conocimiento del corazón humano, á cada quien ofrecía lo que más halagaba sus pasiones ó su patriotismo.

Con estos antecedentes, se ve fácilmente que el éxito de la revolución no podía ser dudoso, pues aunque la Nación deseaba ante todo la paz, una vez iniciada la lucha, prefirió el triunfo del partido que más garantías le ofrecía de labrar su felicidad.

La Nación no tenía aún bastante experiencia para saber cuan poca confianza deben inspirarle los ofrecimientos que le hacen sus hijos cuando tienen las armas en la mano, pues desde que esto hacen, desconocen sus más sagrados intereses, hollando los grandes principios de fraternidad y de justicia, ensangrentando sus campos, destruyendo sus ciudades y por todas partes sembrando llanto, luto y desolación.

La batalla de Tecuac, dada entre las fuerzas lerdistas y las del General Díaz, mandadas en persona por él mismo, fué la última carta del gobierno del señor Lerdo. La suerte le fué adversa. Las fuerzas del General Díaz resultaron victoriosas, gracias en gran parte á la intrepidez y á la audacia del General Manuel González.

El señor Lerdo abandonó el país.

El General Díaz, queriendo aparentar que sus ofrecimientos á la Nación eran sinceros y que no pisoteaba abiertamente la Constitución, celebró en Acatlán con el representante del señor Iglesias un convenio, reconociéndolo como Presidente de la República mediante determinadas condiciones, que en el fondo, y en lo que no lastimaban su dignidad, aceptó el señor Iglesias.

Mientras se tramitaban esos arreglos, el General Díaz llegó á la capital de la República, incorporó á su ejército las fuerzas que Lerdo había dejado sin instrucciones de ninguna naturaleza, y disponiendo de los cuantiosos elementos y del prestigio que le daba la ocupación de plaza tan importante, rompió las negociaciones pendientes y al frente de sus ejércitos victoriosos, fué á atacar las fuerzas que apoyaban al señor Iglesias, las cuales, inferiores en número, no intentaron resistencia seria, y muy pronto, por medio de la defección, fueron á engrosar las filas tuxtepecanas.

El señor Iglesias se vió obligado á trasladarse á otra parte del territorio nacional, y se embarcó

en Manzanillo con rumbo á Mazatlán, en donde pensaba encontrar fuerzas que le serían fieles y lo apoyarían para seguir sosteniendo los incuestionables derechos que él defendía. Desgraciadamente, cuando llegó á aquel puerto encontró que la guarnición ya había defecionado, siguiendo el ejemplo de sus demás compañeros de armas, y que el jefe de la plaza pretendía aprehenderlo.

Por estas circunstancias, el señor Iglesias, que tan dignamente había representado el principio de legalidad, emigró al extranjero, con la intención de regresar al país al presentarse alguna circunstancia propicia para defender la causa en él encarnada.

Pronto desistió de sus propósitos al ver que la Nación entera había aceptado de hecho la nueva situación.

El Gobierno Constitucional que existía desde 1857, fué sustituido por una dictadura militar, al frente de la cual se encuentra desde entonces, salvo una pequeña interrupción, el General Díaz.

En los capítulos siguientes, veremos como cumplió este jefe las promesas que hizo á la Nación, y cual ha sido la influencia de su gobierno sobre sus destinos.